

BREVES REFLEXIONES

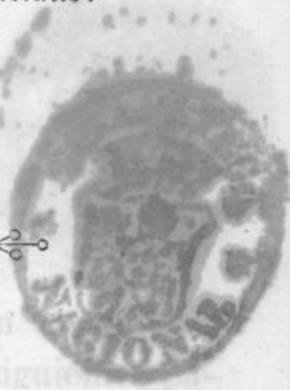
SOBRE LA ÍNDOLE DE LA CRISIS

AL RECORRER

LOS GOBIERNOS Y PUEBLOS DE EUROPA,

POR EL EXCMO. SEÑOR

D. Antonio Alcalá Galiano.



MADRID.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO

DE D. RAMON RODRIGUEZ DE RIVERA,

calle de la Manzana, núm. 14.

1843.

BREVES REFLEXIONES

SOBRE LA INDOLE DE LA CRISIS

LOS QUE ESTAN PASANDO

LOS GOBIERNOS Y PUEBLOS DE EUROPA

por el Sr. D. Antonio

D. Antonio Alcalá Galiano



IMPRESO

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO

DE D. RAMON RODRIGUEZ DE RIVERA

Calle de la Marina, núm. 14

1848

AL EXCMO. SEÑOR

DON JUAN DONOSO CORTES,

Marqués de Valdegamas.



MI querido amigo :

No lleve V. á mal que, sin consultarle de antemano, le dedique las siguientes páginas, pensadas y escritas en horas de desahrimientos y aun de agudas penas, lo cual se conoce en lo amargo de las reflexiones que contienen. Nada puede comprometer á V. esta mi dedicatoria hecha sin su anuencia. En abono del paso que doy poniendo

el nombre de V. al frente de este trabajo de cortísimo valor, voy á dar algunas razones, las cuales, asi como para V., servirán para los pocos, si los hay, que me favorezcan prestando atencion á este fruto acerbo de mis meditaciones formado en mi nada apacible retiro.

La suerte, en dias no muy distantes, nos ha hecho trabajar juntos, con especialidad en el periódico EL PILOTO, de poco feliz recordacion, aunque digno acaso de mejor fortuna que la que hubo de tocarle. Superior V. á mí, cuanto serlo cabe, en talento é instruccion, se diferencia ademas de mi humilde persona en el carácter que dá alma y tono á sus obras. Porque, siguiendo V. la escuela de los pensadores alemanes y de los franceses modernos discípulos de estos, gusta de generalizar, y en todas las materias de ascender á las abstracciones mas elevadas, con lo cual hermana una buena dosis de confianza y hasta de arrojo que le lleva á ser dogmático en

sus hermosas imágenes y valientes apotegmas, al paso que yo, pobre secuaz de los autores ingleses, que he manejado mucho, formándome en gran manera por ellos, me contraigo demasiado á las cuestiones especiales de que trato, y á esto agrego en mi estilo llano y pedestre una desconfianza suma de mis propios juicios, hallando objeciones que ponerles, y declarándolas, hasta llegar á punto de incluir en un mismo período dos ó mas opiniones diversas y contradictorias. Esta desemejanza de nuestras condiciones y obras no ha impedido, sin embargo, que en muchos puntos de la ciencia política, y en casi todas sus aplicaciones á las cosas de nuestra patria, hayamos pensado, sentido, hablado, escrito y procedido acordes durante un largo período lleno de gravísimos sucesos. Hoy quizá no exista entre nosotros la misma conformidad de pareceres, y eso que en la obrilla que á V. dirijo me arrimo un tanto á lo que V. era y pensaba antes, y

manifiesto tambien ser mas positivo y aventurado en mis doctrinas y opiniones, aunque sin llegar á aparecer libre de dudas. Mi apartamiento del mundo en el rincon donde habito, y donde estoy llorando mis desdichas particulares, así como las públicas, me tienen privado del agradable trato de V., y del de otros muchos en que encontraba entretenimiento y á la par utilidad. Ignorando qué opina V. de los grandes acontecimientos de estos dias, con dedicarle el trabajo que sigue, en cierta manera le solicito á que sobre ellos me dé su dictámen, tenido por mí en el mas alto aprecio, sin que pretenda yo por eso averiguársele contra su deseo ó conveniencia. Suele la viva imaginacion de V., ayudada por su agudo entendimiento y vasta lectura, penetrar largo trecho en la region de lo futuro. No creo que hago una revelacion imprudente si digo ante el público que en nuestras particulares conversaciones y conjeturas sobre cuáles serán los gobiernos de las naciones civilizadas

dentro de algun tiempo, ha soltado V. una ú otra vez la expresion de que se figuraba que lo habia adivinado. Tal vez novísimos increíbles sucesos han confirmado á V. en su creencia, y tal vez se la han desvanecido. Sea de ello lo que fuere, V. es capaz con los datos nuevos que se le van presentando de acertar con la suerte venidera de las sociedades.

No me atrevo yo á tanto, porque soy inferior á V. en fuerzas, y sin embargo algo de eso hago en los renglones que aquí doy á la estampa. Atrevimiento es publicarlos; pero, si son heregías políticas ó blasfemias, tengo la satisfaccion de no implicar á persona ó parcialidad alguna en mi pecado, no siendo posible hallarme cómplice en la concepcion y declaracion de mis malos pensamientos. Aunque todavía soy de la escuela que sustenta ser provechosos los partidos, y hasta necesarios, y conveniente y aun justo en los hombres sacrificar mas de una vez su opinion á la del mayor número

de los de su parcialidad, no siendo en puntos que toquen á la honra ó en materias de superior importancia y transcendencia, por una de las singularidades de mi destino nada comun, me hallo como despedido de las filas en que doce años he estado militando; servicio en que bien puedo haber mostrado corta capacidad, pero no falta de celo, y servicio en que cuento padecimientos y trabajos dignos quizá de mejor suerte que la de mi actual oscura pobreza. De esto hago mencion, así porque, sin poderlo remediar, se escapa un quejido del alma herida gravemente, como porque, suelto de todo lazo de partido, expreso aquí opiniones no dictadas por clase alguna de interés, ni aun por el de mis amigos. Situacion semejante, si tiene para quien en ella se vé inconvenientes, le dá en compensacion la ventaja de poder hablar con cabal franqueza.

¶ Pero la franqueza no basta para dar mérito á una obra. Corto es el de la mia, y si la publico es para ser refutado si yerro, pero

para serlo con razones que convenzan. Mucho me alegraré de tener que confesar que me equivoco. Pero si, no obstante mi poco valer, acierto, y si, pensando otros como yo, lo encubren y yo me descubro, mi proceder, imprudente considerándole por el lado de mi particular provecho, será de alguna utilidad, en cuanto cabe que la tenga un folleto en estos dias de tanto escribir, y en que tan á menos van viniendo los escritos y los escritores.

De todos modos confio en que acojerá V. benévolo este testimonio de mi antigua y fina amistad, única cosa que puede ofrecer en prueba del aprecio en que le tiene y del afecto que á V. profesa este su antiguo compañero

Antonio Alcalá Galiano.

Real sitio de San Lorenzo (Escorial) 4 de julio de 1848.

para serlo con razones que convenceran. Pero
como me alegré de tener que contestar que
me equivocó. Pero si no obstante mi poco
valer, acierto y si pensando otros como yo
lo enseñan y yo me descubro mi proce-
der importante considerándole por el lado
de un particular provecho, será de alguna
utilidad en cuanto cabe que la tenga un ho-
llado en estos días de tanto escribir, y en
que tan á menudo van viniendo los escritos y
los escritores.
De todos modos cuento en que acierta
y por esto este testimonio de mi saber y
las enseñanzas, única cosa que puede servir
en prueba del aprecio en que lo tiene y del
afecto que á V. profesas, este su antiguo con-
pañero de estudios, según me lo he acordado
y se ve en esta en cuanto á mí, y en
por el correspondiente á V. y á sus
escribiendo para que se acuerde de mí
pero la franqueza no basta para dar me-
jor que para ser útil, y si
lo público para ser útil y para

BREVES REFLEXIONES

SOBRE LA ÍNDOLE DE LA CRISIS

POR QUE ESTAN PASANDO

LOS GOBIERNOS Y PUEBLOS DE EUROPA.

- ¿No ha de haber un espíritu valiente?
- ¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
- ¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

QUEVEDO.



A situación actual de Europa es una de las faces mas notables en la historia del mundo. Ni la tremenda revolucion de Francia cuando empezó en 1789 con pensamientos generosos, ideas en gran parte equivocadas, pero en otra parte ciertas y sanas, y medios violentos y

crueles; ó cuando en 1793 y 1794 llegó á su horroroso apogeo, rotos los vinculos sociales, desatadas las peores y mas feroces pasiones, y conculcado todo cuanto debian respetar y respetaban los hombres civilizados; ó cuando debilitada en el pais donde nació, creció y triunfó, comenzaba á extenderse fuera, gracias á las victorias de los ejércitos republicanos franceses; ni aquella revolucion, madre de las que hoy vemos, y de otras que amenazan, igualó en lo importante y terrible al nuevo movimiento con que hoy tiemblan y caen los gobiernos, como con los mas fieros terremotos vienen á tierra los edificios producto de la industria humana ó se desgajan y allanan los altos montes, creacion portentosa de la naturaleza ó, digase, del Criador infinito. Pasma y miedo debe causar la contemplacion de espectáculo tan grande y espantable. Tambien es razon que, como todo grave suceso en que lo trágico predomina, á la par que excite terror y pena, convide á meditaciones profundas. Lástima da considerar que entre la congoja, las ansias y el enojo, y aun, estando sereno el ánimo, cuanto estarlo cabe, en medio de la reflexion, mas se puede conocer la calidad y gravedad del mal que hallar clase alguna de remedio que, si no le cure, le ali-

vie. Convendrá, con todo, aun en quien no acierte con la medicina, explicar, segun la vé, la naturaleza de la enfermedad, porque, haciendo así, si bien puede que aumente en muchos el pesar y el temor, acaso despertará en alguna cabeza dotada de inventiva una idea capaz de combatir ó siquiera de mitigar los daños que se pintan ó se prevenen.

La conversion de la monarquía francesa de julio de 1830 en república es el suceso mas importante, pero no el único de altísima importancia, entre cuantos acaban de ocurrir como á nuestra vista. Y no porque haya pasado Francia de ser gobernada por un rey á serlo en el nombre ó de derecho por magistrados amovibles, y de hecho por nadie constante y arregladamente. Porque, si bien no carece de subido valor esta mudanza, y si no promete cortos ni leves males á un pueblo europeo, viejo ya por su historia, ilustracion y costumbres, quedarse privado de la potestad real, prenda de firmeza y paz, y por consiguiente de la felicidad de los gobernados, todavía es de mas transcendencia el traspaso del poder de una clase de la sociedad á otra, esto es, de los hombres en quienes á la par con vicios y yerros reside la inteligencia de la espe-

cie humana, y con las doctrinas bebidas en la educación y la tal cual independencia hija del buen pasar hay cierto linaje y número de virtudes, y cierta dosis de juicio, á aquellos en los cuales la ignorancia y la pobreza, no por su culpa pero si por su desdicha, tienen llenos de malos hábitos, violentas y tercas preocupaciones, y grandes necesidades y apetitos, y dominados por pasiones feroces y por hombres diestros que por medio de ellas saben manejarlos.

Ni es solo en Francia donde acaba de variarse la forma de gobierno. Al contrario, casi toda Europa está revuelta. Italia sacude el aborrecido y verdaderamente aborrecible yugo de los extraños, y al mismo tiempo quiere levantar la monarquía constitucional que acaba de caer en Francia. En Alemania va sucediendo lo mismo. No solo en la ilustrada é inquieta Prusia, donde ha largos años que la instrucción muy difundida tenia despierto y vivo el deseo de un sistema político favorable al influjo y predominio de la gente entendida y ambiciosa, sino aun en Austria, nacion pacífica, y de todas las alemanas la menos dada al cultivo del entendimiento, y particularmente al de las ciencias políticas, así como satisfecha hasta ahora con el mando, aunque

bastante absoluto, suave y paternal de sus príncipes, y con el poderío de su aristocracia, acaba la violencia de establecer un gobierno, que, sean cuales fueren sus ventajas y sus inconvenientes, jamás se asienta sin turbulencias, siendo él de suyo un tanto desasosegado, ó, cuando menos, ruidoso. Por una contradicción, singular á primera vista, si bien de las comunes en los hombres, y por otro lado mas aparente que real y verdadera, nacen las monarquías constitucionales de la conmoción que ha acabado con una de ellas, son saludadas como nuncios de feliz ventura cuando en otro país cae la antigua escarnecida y maldecida como absurda y perjudicial, y, en vez de aparecer contrarios, se miran y declaran como aliados y tiernos amigos trabajando de consuno en la misma obra los destructores de un trono, y los que profesan ir á levantarlos nuevos de la misma especie del derribado sobre las ruinas de los antiguos recién echados á tierra.

Acaba de declararse esta coincidencia de opinión, ó dígase, llamándola como se debe, de interés en quienes completamente discrepan en punto á la calidad de una clase de gobierno, contradicción mas que verdadera aparente. Y por cierto tie-

ne de lo uno y de lo otro. Efectivamente, caer en Francia la monarquía constitucional tras muchos años de vanos esfuerzos para establecerla prueba no poco contra la calidad de semejante forma de gobierno, y contra la posibilidad de mantenerle en pie por mediano plazo; y aprovechar su caída, y, lo que es más chocante, aplaudirla para establecerla en otros países, parece contrario al sano juicio. Pero, bien mirado, el espíritu de destrucción es el mismo cuando aspira á derribar gobiernos de varias y muy diversas clases, ya embista con monarquías puras, ya con mixtas, ya con repúblicas aristocráticas, ya con las mismas democráticas, como se ha visto á fines del siglo XVIII en Suiza y algun otro lugar; y todos cuantos animados por el mismo espíritu hablan y obran, con razon se consideran como hermanos y amigos, si discordes en bastantes y no leves artículos de fé, conformes en la gran doctrina de que se debe echar á tierra lo que existe, y para hacerlo valerse de la violencia, y unidos por el lazo de comun fortísimo interés, sobre todo en cuanto están en pugna con unos mismos adversarios.

Una es, en efecto, la causa de la casi general revolucion presente. El mar está alborotado, la tem-

pesta crece en furia, las ondas entumecidas é impelidas por enorme fuerza combaten y destruyen cuanto encuentran por delante, solo que las mas adelantadas tropiezan con el primer obstáculo, y le vencen y aniquilan, al paso que las otras, siguiéndolas, esperan su vez de enseñorearse de la playa, pasando por encima de las causadoras del desastre primero, y de entrarse mas por la tierra acabando con los objetos que aun estan enteros por hallarse mas lejanos y resguardados (1). Aquí cae un

(1) Conocido es que en las revoluciones se suceden con rapidez en el mando unos hombres á otros, siendo gran fortuna en los que le pierden escapar sin daño de sus personas ó hacienda. Tan trivial es esta observacion, que no se haria aqui, á no ser necesario repetirla para aviso, aunque sea dado con poco fruto, y á no poderse ilustrarla con nuevos ejemplos que le dan mas fuerza. Por casualidad quien esto escribe ha tropezado con un número del periódico francés titulado «*Le Siècle*» de 11 de noviembre de 1847. Saben todos cuantos tratan de asuntos politicos que el tal periódico expresaba las opiniones de la parte de la oposicion francesa llamada *dinástica*, porque pretendia conservar el trono y en él á la familia de Orleans, aunque dando al mismo tiempo grande ensanche á los derechos y al poder del pueblo. Habiéndose celebrado en aquellos dias banquetes para promover la causa de la reforma electoral, en uno que hubo en Lila, llevando la voz de los demócratas extremados el abogado Ledru-Rollin, manifestó opiniones republicanas de suma violencia. Notólo el *Diario de los Debates*, periódico devoto de Luis Felipe, y dijo lo que ha sido una profecia, pero que bien podia preverse, á saber: que las doctrinas de Ledru-Rollin y no las del *Siècle* triunfarian si el gobierno cayese. Tiene que ver lo que con este motivo dice el *Siècle*, y

trono constitucional para dejar su puesto á la república; allá la monarquía mixta viene á sustituirse á la pura, no para durar, sino para morir tambien en llegándole su hora, mas ó menos, pero nunca muy lejana. En este lugar triunfa la muchedumbre obedeciendo y juntamente dominando á caudillos que le predicán, la adulan, la azuzan y la impelen esperanzados de sacar para sí provecho de los ciegos y terribles impetus de la furia popular que causan; y en otro punto se lanzan las clases medias á apoderarse de la dominacion, que en ellas estaria bien, si juntándose con las altas la supiesen conservar, pero que en sus manos es poco duradera, por faltarles muchas de las calidades necesarias para mantenerse en el mando, y porque poco alentadas de suyo para lidiar y vencer, se ven forzadas á emplear en su ayuda brazos mas robustos, pechos mas la confianza con que inculpa á los ministeriales de aquel día, porque les supone el intento de confundir con los demócratas á los de la oposicion menos violenta, y como estima la suposicion sobre injusta desvariada. Pocos meses habian pasado, cuando llegó el 24 de febrero, en el cual la parcialidad de Ledru-Rollin, bien ayudada por aquella cuya voz llevaba el *Siècle*, tan completamente triunfó que no dejó á los hombres de la oposicion dinástica ni disfrutar del poder por breve plazo. No: solo les concedió ser nombrados ministros, pero no entrar en posesion de sus cargos. Trájoseles el manjar apetecido, pero fué como el de Tántalo, para que se les escapase antes de llevarle á la boca. Ejemplo que será perdido como otros muchos.

duros y animosos, y pasiones mas vehementes y fáciles de excitar que los suyos ó las suyas; brazos y pasiones que pronto habrán de convertirse á combatir y aniquilar á aliados, en los cuales no conocen prendas para las turbas ignorantes de ningun valor, y en quienes menosprecian la casi comunidad ó la semejanza de origen, y la visible falta de brios.

El estado de Europa es, pues, de revolucion y destruccion de todo cuanto há poco existia. Mal puede contenerse el impetu con que esta obra es llevada á cabo. Si en diversos puntos derriba diferentes edificios, es porque no puede destruirse sino lo que ya está edificado, y porque para completar la obra de arruinar es forzoso embestir con lo que primero se presenta. Pero no hay que prometerse que respete fábricas nuevas, en cierto modo hechura de sus manos, lo que no ha respetado aquellas á las cuales hacian venerables su ancianidad y la arraigada costumbre de verlas reverenciadas. Si la revolucion presente en unas partes es muy injusta y en otras no tanto, y aun justa en algunas, en todas es peligrosísima, y en todas á la postre habrá de ser funesta. Verdad es que pararán las cosas en dar de sí nuevo orden, pero comprándole á costa de cruelísimos é inútiles sacrificios. Cual sea este

orden futuro, difícil es decirlo: mas fácil es adivinar que no será en mucho tiempo el ahora llamado de libertad, con el cual se ha hecho incompatible el gobierno: el gobierno, primera aunque no única necesidad de toda asociación de criaturas racionales.

Nos sentimos compelidos, forzoso es repetirlo, á discurrir sobre esta situación, aunque á los alcances de algunos de todo cuanto discurran nada se ofrezca favorable, y por mas que parezca ocioso y tambien cruel detenerse en contemplar y describir la viveza é intensidad de la dolencia, cuando no se le propone remedio. Pero tal, hay que decirlo otra vez, es la condicion humana, que en materias que de cerca nos tocan é influyen en nuestro destino, pensamos mucho y hablamos, aun cuando sea para aumentar nuestro dolor, y causarle igual en aquellos á quienes comunicamos nuestros pensamientos desconsoladores.

Dicho vá que la gran mudanza que se está llevando á efecto en Europa es justa en algunas partes y en otras mas ó menos injusta. De seguro habrá muchos á quienes choque esta sentencia. Asi como para cierta clase de gentes toda revolucion es justa, porque en su sentir la voluntad popular, ó

la que por serlo pasa, no está sujeta á ley alguna de deber, así para otra clase diversa ú opuesta no puede haber rebelion, cuyo objeto sea derribar á viva fuerza á un gobierno, á la cual pueda calificarse de fundada en la justicia. Pensando así, por opuestos lados se tributa culto á la fuerza, mirándola como el árbitro legitimo en los negocios humanos. Para unos la del gobierno es sagrada en todo caso; para estotros la de la muchedumbre tiene el mismo carácter.

Teórica es esta muy admitida por buena, pero no muy puntual ni constantemente seguida en la práctica, ni respetada al juzgarla en los casos á que se aplica, de suerte que su inobservancia por el hecho de ser disculpada y hasta celebrada, sirve hasta cierto punto de testimonio que la condena. Los mas rigidos maestros de la obediencia pasiva á las potestades que existen suelen promover ó aprobar rebeliones contra gobiernos mirados por ellos como injustos. Al reves, los mas apasionados al predominio de las turbas, cuando mandan y ven turbas levantadas para resistirles ó desobedecerlos, con muy poco escrúpulo usan de la fuerza para domar á contrarios enojosos, á quienes ademas califican de rebeldes, sin reparar en que pueblo se llaman y

algo tienen de pueblo los levantados. A veces las pasiones son la razón misma, y ponen en claro los errores de otra razón mentida y soberbia.

Hay, pues, sin que de ello deba dudarse, revoluciones justas y otras injustas, porque hay justicia ó injusticia en todas las acciones humanas. Bien es verdad que la calificación de las revoluciones viene á ser muy difícil, y suele salir muy errada, porque la dan el interés ó la ciega pasión en casi todas las ocasiones.

Figurémonos, sin embargo, que una disputa de las que causan las revoluciones fuese llevada á juicio ante árbitros ó ante tribunales. Claro está que la justicia estaría de la una parte y de la otra no, y que, conforme á lo que aquella dictase, debería ser la sentencia.

La revolución justa, por consiguiente, es aquella que, puesta la causa que sustenta en litigio, debería alcanzar un fallo favorable.

Hay, empero, un inconveniente en todas las revoluciones, y es que son malos medios para obtener justicia. Siempre encierran peligros y muy á menudo daños. Aun las que menos perjudican dejan detras de sí rastros fatales. Por esto manda la prudencia solo apelar á ellos cuando falta otro me-

dio cualquiera de desagravio, ó de lograr un objeto apetecible y justo. Ni deja de ir conforme este precepto con otro de la justicia, no debiéndose buscar un bien cuando no es posible conseguirle sino á trueco de males mayores.

A otras revoluciones cuadra la calificacion no de justas sino de necesarias. Quizá sea aventurada una calificacion que supone la necesidad donde no está la justicia, por lo cual hay peligro ó casi certidumbre de disculpar lo injusto dándolo por necesario; pero lo cierto es que en lo moral como en lo fisico suelen verse daños que vienen como inevitables, á los que no debe negarse su calidad mala ó dudosa, confesando que deben sobrevenir, tal vez como consecuencia de anteriores culpas ó yerros. Negar esta necesidad, ó, sino tanto como no admitirla, no declararla poco menos que absoluta, sería cerrar los ojos á la evidencia; equivocarla con la justicia sería confundir las cosas.

De las pocas revoluciones justas es una muy principal la ocurrida en Francia en 1830. Bien conoce quien esto escribe que, expresando así su parecer, encontrará muchos que con él no se conformen, y no pocos á los cuales disguste y aun indigne; pero no escribe para dar satisfaccion á par-

cialidad ó persona alguna, sino para sustentar lo que á sus ojos es verdadero y justo, no estimándose, por otra parte, á sí propio á punto de tener su opinion por incontrovertible, ni tampoco, por el lado opuesto, titubeando en cuanto á creerla fundada. En verdad, llevada ante jueces la causa de Carlos X y del pueblo francés que le resistió, por todo tribunal ageno de parcialidad habría salido el monarca condenado. Es evidente que Carlos violó el pacto expreso que le ligaba con sus súbditos. Ni vale decir que él no creia violarle, porque semejante ignorancia mal podria servir de disculpa, no siéndolo buena para persona alguna alegar en abono de su falta que no conocia su calidad y gravedad; y, por otra parte, no habiendo pasado por los contrarios á ser el castigo otro que la deposicion, la cual equivale al rompimiento del pacto quebrantado, sería desvario pretender que ligase á un contratante el corto discurso de quien con él habia tratado y faltado despues á lo prometido. Tampoco se crea que, al hablar de pacto roto, se quiere aquí aludir á uno social imaginario, sino al verdadero contrato bilateral que resultaba de haber Carlos X jurado la observancia de la carta constitucional por él hollada. Puede, sin embargo, decirse que

al destronar al monarca quebrantador de su juramento fueron traspasados los límites de las leyes, pues sus ministros habían autorizado con sus firmas el hecho de su señor, y, siendo estos responsables, é inviolable él, sobre los primeros no mas debía recaer la pena. Pero, si bien la revolucion entonces, al pasar á lanzar del trono al rey, ya procedió mas por las reglas de la prudencia ó de una equidad vaga que por las de la rigurosa justicia, todavia es cierto que violado un pacto por uno de los contrayentes queda disuelto; que de Cárlos X se sabia de notoriedad ser el autor principal de la violacion de la carta, y que, como su destronamiento no fué acompañado de otra pena parecida á la sentencia injusta de que fué víctima Luis XVI, solo puede mirarse como disolucion del contrato por el cual reinaba y transmitia á sus descendientes la corona. Varias revoluciones podrian citarse como igualmente justas, de las cuales la de los Estados Unidos de la América septentrional, cuando se declararon independientes de la Gran Bretaña que no los trataba como á ingleses, es una de las mas notables.

Entre las revoluciones necesarias la de Francia en 1789 merece el lugar primero. En la nacion

francesa habian llegado á ponerse en situacion diversa y hasta contraria el gobierno y la sociedad; siguiendo aquel casi conforme era largos años antes, si bien debilitado y corrompido, y hallándose esta completamente mudada; habiendo en el primero intolerancia sin fé, ó tolerancia arrancada por el clamor público, y en la segunda irreligion jactanciosa; allí la desigualdad de condiciones y la superioridad de los de ilustre cuna, y aquí cierta especie de igualdad y estimarse mas que la alcurnia el talento y la ciencia; los gobernadores sin saber y en algún modo sin querer defenderse, y con sus propias fortunas defender el sistema encomendado á su custodia, y por otro lado sin deseos de dejarle perecer y sin tino para modificarle, y los gobernados, roto en la teórica el freno que los sujetaba á cualquiera linaje de autoridad, y en la práctica empezando con impetuosidad y teson á combatir por la posesion de los puestos que aspiraban primero á compartir con sus dueños antiguos, y despues, si posible fuese, á ocupar ellos solos. De tal estado era forzoso salir, y dependia de mil circunstancias que la salida fuese acompañada de mas ó menos violencia, ó hecha con mesura y templan-

za, ya por unos, ya por otros caminos. Con todo esto, mal puede ser calificada de rigurosamente justa por parte de los agresores que vinieron á ser vencedores la misma revolucion que se dá aqui por inevitable ó poco menos. Defendiendo lo suyo los poseedores antiguos, aunque defendiesen privilegios, no merecen ser condenados sino como faltos de prudencia y no como injustos. Son, no obstante, disculpables aquellos de sus contrarios que empezaron la revolucion movidos de generosos aunque ambiciosos pensamientos y afectos, y que, si bien no pidiendo lo que en rigurosa justicia era suyo, aspirando á lo que el comun provecho pedia que en parte tuviesen, conquistaron para las clases medias el predominio en el Estado.

Excusado parece calificar otras revoluciones, aplicándoles las doctrinas aqui sentadas, y, además, haciéndolo, se correría el peligro de desacreditar una teórica cierta y saludable por haber errado al aplicarla de una manera no conveniente.

Mas, prescindiendo de la justicia mayor ó menor con que son hechas las revoluciones, razon será pasar á ver el fin que se proponen, á fin de conocer hasta qué punto son dañosas, ó cuál suma, grado y clase de bienes traen juntos con males. Revo-

lucion puede haber hecha con injusticia, de donde vengan consecuencias felices. Verdad es que manda la buena moral no buscar ni el bien por medio de malas acciones «*Non sunt facienda mala unde veniant bona;*» pero esta regla sirve para condenar á quien trae un bien por malos caminos, pero no quita al mismo bien su calidad de tal, ni la ventaja de gozarle con bastante inocencia á quienes no contribuyeron á su logro por medios reprehensibles.

Por muchos siglos ha habido revoluciones cuyo objeto y término eran mudar los gobiernos en la forma ó variar de gobernadores, pero sin tocar, ó tocando muy ligeramente, al sistema social establecido en cada pueblo. La revolucion de Francia en 1789 aspiró á mucho mas, y se logró en ella al fin lo que al principio se pretendia. El poder, depositado allí antes en la nobleza, fué trasladado á la parte rica ó ilustrada del estado llano. En medio de la misma revolucion hizo un grande esfuerzo la plebe á fin de tomarle para sí, y por algun tiempo le tuvo, pero le alcanzó á favor de circunstancias transitorias, y hubo de perderle muy luego.

La revolucion de la misma Francia en 1830 no llevó otro objeto que el de conservar y afianzar las

clases medias las conquistas que habian hecho en la primera gran mudanza ocurrida en su patria, las cuales, con mas ó menos razon, temian perder y se veian disputar por la nobleza, servida como por poderoso auxiliar por el clero y patrocinada por la córte y el monarca.

Varias revoluciones del dia presente vienen del deseo de las clases medias de enseñorearse del mando alli donde todavia estaba el poder en manos de la nobleza. Pero otras nacen del espiritu de imitacion en los muchos aprovechado por la ambicion ó la locura de unos pocos, ambicion, donde existe, apenas conocida por varios de los mismos á quienes mueve persuadidos de que vuelven por el provecho comun cuando buscan su propio engrandecimiento, pero bien conocida por otros cuya criminal conducta los lleva á hacer escalon de las ruinas de los Estados para encaramarse á puestos muy distantes, en tiempos ordinarios, de su humilde esfera.

Originanse muchas de estas revoluciones en circunstancias que reducen á los gobiernos á suma flaqueza de fuerzas, lo cual facilita desobedecerlos, resistirles y derribarlos. Todo gobierno, representando y manejando la fuerza social, es un yugo ó freno mas ó menos ligero, mas ó menos duro, cuyo

poder sienten en grado superior los que aspiran con mas vehemencia á sacudirle ó romperle ; yugo ó freno provechosos , porque sujetando al fuerte y perverso , amparan al débil é inocente , pero que son sujecion insufrible á las voluntades que tiran á satisfacer la pasion ó el interés propios á costa del bien comun ó del ageno. Suprimanse los ministros de justicia y serán ocurrencia comun el robo y otros excesos. Faltando , pues , lo que del mismo modo reprime otra clase de codiciosos deseos , estos se satisfacen por medio de revueltas.

Debe tambien hablarse de una clase de revoluciones como la de que ahora está siendo teatro una parte de Italia. Trátase allí de libertarse de la dominacion extranjera , odiosa siempre , aun cuando no es dura. Mal puede condenarse con justicia tentativa semejante. Y si con esta idea vienen á mezclarse otras propias de los actuales tiempos , no es de extrañar que al acometer empresas , en cualquiera sazon naturales ó justas , se obre por los medios de la época en que se vive.

La revolucion novisima de Francia carece del carácter de justa , y , ó no tiene objeto razonable , ó le tiene peligroso por demas y fatal. Es , sin embargo , consecuencia forzosa de los pasados suce-

sos, y por seguro debe tenerse que durará causando numerosos y considerables daños.

Aquí de seguro choca la opinion del autor de estos renglones con la de un número crecidísimo de personas de opiniones diversas y encontradas. Para unas de ellas no puede ser injusto el fallo de la soberania popular; para otras la usurpacion debia ser castigada: para no pocas Luis Felipe habia violado, así como Carlos X, el pacto por el cual ceñia la corona; para muchas la cuestion es de fuerza, y solo debe considerarse en la caida del último rey de los franceses, que un golpe de mano poderosa le ha derribado, así como le habia encumbreado otro de igual naturaleza.

Poco puede responderse á quienes consideran una voluntad, siquiera sea la del ente colectivo llamado pueblo ó nacion, como no sujeta á respetar lo justo y á conformar á ello sus acciones.

Del mismo modo, aunque por el opuesto lado, y menos gravemente, pecan los que suponen usurpacion el gobierno de Luis Felipe por condenar la resistencia de que habia nacido.

A los que veneran y aprueban el uso de la fuerza, sin atender á la razon que la asista, ó creyendo que es inútil averiguar si la hay ó no, tampoco

es posible responder con buenos argumentos.

Pero á los que sustentan haber violado Luis Felipe las promesas y estipulaciones en virtud de las cuales se ciñó y llevaba la corona es forzoso contestar con mas detenimiento.

Sin duda fueron hechas en julio y agosto de 1830 promesas magnificas á que han distado mucho de corresponder las realidades. Pero la respuesta es llana: prometiõse entre locas ilusiones lo que mal podia cumplirse, á no resignarse á ver quebrado el nuevo cetro y subvertido el Estado. La situacion de Francia á fines de 1830 y principios de 1831 era precaria: el recién edificado trono temblaba, y con él la tierra donde estaba asentado, y con él tambien la sociedad francesa: al embate de una oposicion violenta y tenaz se oponian barreras debilísimas; los conatos de derribar se multiplicaban, no por causa de la tiranía del gobierno sino por su debilidad, y vinieron las cosas á punto de ser necesario robustecer el freno y tirar de la rienda que sujetaban la inquietud de los bulliciosos, ó ver aquel hecho menudas piezas y estas sueltas, y desbocada la revolucion correr atropellando, destruyendo, aniquilando para terminar en consumirse á si propia, no sin que á su postracion antecudiesen horrosísimos ma-

les. Quien se acuerde de los dias en que era primer ministro en Francia *Lafitte* no puede olvidar que tan récias acometidas era comun dar entonces al ministerio y al trono y á la persona del rey cuanto en época alguna posterior, con la diferencia de ser la autoridad en su modo de resistir poco atinada y no mas firme, previéndose su caida y con ella nuevas revueltas, y naciendo de esta prevision en los ánimos desconfianzas y temores y el consiguiente perjuicio al Estado y á la sociedad entera. En caso tal, fué forzoso dejar el sistema de contemplaciones, proporcionar la fuerza que resistia á la que asaltaba, despojar al enemigo de los medios de dañar, ó cuando menos no aumentárselos, dándole nuevos modos de lograr sus intentos. No se faltó, pues, á lo prometido sino en cuanto era imposible cumplirlo sin caer muy pronto la monarquía vencida, y quedar anonadada.

Y, bien mirado, las promesas no cumplidas eran vagas. A otras mas solemnes, al pacto expreso contenido en la carta constitucional de 1830 nunca ha faltado el rey levantado en la misma época al trono francés. Su gobierno fué y ha seguido siendo hasta su última hora el de las mayorías parlamentarias. Verdad es que tales mayorías se consi-

guen empleando para ello malas artes en las elecciones. Sin embargo, cuando estas artes aprovechan señal es de no hallarse la opinion pública en oposicion directa, dura y firme al gobierno. En 1827, gobernando á Francia M. de Villele, no pudo conseguir elecciones á su gusto, y por cierto no anduvo corto ni escrupuloso en punto á emplear medios de toda clase para ganarlas. Otro tanto sucedió al príncipe de Polignac y á sus colegas y al mismo Carlos X en 1830. En Inglaterra los *tories*, todavia muy poderosos, salieron derrotados en las elecciones generales cuando el pueblo inglés queria la reforma de la cámara de los comunes, y hasta quedaron vencidos en los condados de que antes habian sido y luego han vuelto á ser dueños con pocas excepciones. Cuando triunfa la corrupcion es porque no hay pasiones fuertes que la contrarresten. En verdad, la existencia de la corrupcion prueba la de la libertad, pues quien puede mandar no corrompe. Así lo advierte el célebre agudísimo historiador Gibbon hablando de los concilios, y lo dá por conocido y sabido, apellidando á la corrupcion compañera y sintoma de la libertad, como quien dice una verdad de todos confesada. En Inglaterra el famoso ministro sir Roberto Walpole corrom-

piendo mantuvo el predominio de la parcialidad *whig* y sostuvo el trono de la familia de Brunswick contra los parciales de lo hoy llamado legitimidad y nombrado entonces derecho divino é indestructible de los reyes.

Fuera de esto, la corrupcion de que tanto se habla es muy ponderada por aquellos cuyos proyectos frustra. Y, aun no siendo así, la corrupcion empleada por el gobierno es un arma contrapuesta á otra igual usada por los bandos que le hacen guerra. Uno y otros pelean y con el mismo instrumento se hieren y se quitan los golpes que les vienen asestados. Porque no solo dando empleos ú oro se corrompe. Lo mismo se hace poniendo á la vista fama y aplausos, y provecho al cabo sobre honra desde luego; la esperanza de derribar al contrario y sucederle tras del gusto de humillarle. Son muchos y grandísimos los recursos de la oposicion en tales guerras, y bien es menester que el gobierno tenga otros de diferente apariencia pero iguales en la esencia que oponerle.

En suma, hubiese mayor ó menor grado de corrupcion en las elecciones, cosa difícil de averiguar, la mayoría parlamentaria gobernaba á Francia en febrero de 1848. Cierta es que esto se negaba di-

ciéndose al revés que ni aun los ministros gobernaban segun era debido, siendo el rey y la corte quienes dirigian y resolvian los negocios mas importantes del Estado. Muchos desvarios era costumbre decir en este punto, cuando bastaba considerar que nada se habia hecho ó hacia sino por los medios ordinarios y legales, apareciendo de ello responsables los ministros, proclamándose como doctrina constitucional reconocida su responsabilidad, aprobando ambas cámaras los actos de la potestad ejecutiva, y habiendo renunciado á sus cargos los ministros siempre que habian perdido la mayoría en la cámara de diputados. Si por un lado necedades de la lisonja, y por el opuesto cavilidades de la malicia atribuian á Luis Felipe mas parte que la debida en los actos del gobierno, mal era este por el cual solo algunos ministros debian ser tachados, si, estando discordes su voluntad y la del monarca, dejaban que la última prevaleciese en las resoluciones, siendo así que legalmente ellos respondian de todo cuanto el gobierno hacia ó mandaba.

Comparar, pues, los hechos de la monarquía novisimamente derribada con los que trajeron la caída de Carlos X es notorio desatino. Carlos desesti-

mó la opinion de la mayoría de la cámara popular. Luis Felipe ha obrado acorde con ella hasta el postrer momento de su reinado. El primero disolvió parlamentos: el segundo trataba de conservar el que tenia. Aquel expidió por sí decretos para acabar con la libertad de imprenta y dar nueva indole y forma á las elecciones, puntos ambos reservados á la resolucion de todas las ramas de la potestad legislativa, y puntos de la mayor importancia y transcendencia, sobre todo el de la ley electoral, para resueltos por poder incompetente; estotro solo prohibió una reunion peligrosa, cuando por el código vigente estaba dispuesto y por la práctica autorizado no consentir el gobierno reuniones numerosas donde se ventilasen cuestiones políticas. Carlos se vió, en verdad, con las turbas levantadas contra su gobierno y peleó defendiéndose, pero la agresion primera habia sido suya y contra las leyes: Luis Felipe oponiendo la fuerza á la fuerza sustentaba la causa de la constitucion existente contra adversarios tanto de ella cuanto lo eran del monarca.

Pero, como tal vez se dirá que asertos tales como los que acaban de hacerse aqui son sutilezas á fin de desacreditarlos, como si sutilizandó no se acertase

á veces; como si en una sutil distincion no consistiese á menudo la diferencia entre lo verdadero y lo falso ó entre lo justo y lo injusto, y como si fuese razon llamar sutiles distinciones donde se procura aclarar lo que otros confunden, y ademas siendo de presumir que se vuelva á alegar que Luis Felipe eludiendo y viciando la constitucion igualó en lo culpado á Carlos X quebrantándola y hollándola, sin servirle de descargo ser su conducta aprobada por mayorías, que, hijas de amaños y malas artes, no representaban la opinion nacional, de la cual no habian nacido, segun ha venido á probar la experiencia; bien vendria preguntar á quienes distinguen las mayorías buenas, fiel espejo del deseo popular, de las malas, producto de la corrupcion y despreciadas por el público, ¿qué criterio ó señal hay para conocer unas mayorías y otras, y á qué regla es forzoso atenerse para no equivocarse con las espúreas? No hay remedio: donde interviene en las cosas del Estado un cuerpo mas ó menos numeroso, que resuelve por votaciones, fuerza es ir conforme con lo que votan los mas ó con lo que votan los menos. Si esto segundo es á veces lo justo y conveniente, muéstrese qué veces son estas á que acaba ahora aquí de aludirse. Todo gobierno crea descon-

tentos; todos los mal contentos pretenden no solo tener razon, sino llevar la voz del mayor número de sus compatricios. Sabido es que hasta una reducida pandilla suele manifestar y aun de veras abrigar en su interior una pretension tan extravagante. Podrán decir que el éxito acredita cuando esta pretension de los menos, y acaso de los pocos es ó no es fundada, esto es, cuando aciertan, ó cuando yerran las minorías, declarándose intérpretes de la voluntad general de un pueblo no bien representada por el bando su contrario á pesar de ser este superior en los cuerpos deliberantes. Pero el éxito viene despues y no antes que las cosas; es la salida y no la entrada ni el medio camino, y si el éxito puede ser previsto, mal puede ser adivinado, y la prevision verdadera no se conoce, y aun en ella cabe engaño y mas cabe en los demas equivocarla con ilusiones presuntuosas que le usurpan el nombre. Asi, pues, siguiendo á las minorías visibles, habria con frecuencia necesidad de ceder á las que lo son verdaderas, á pesar de su jactancia, y no á las representantes del parecer y de las intenciones de los mas ó de los de superior influencia en el Estado. Mas seguro es, bien mirado, atenerse á las mayorías,

y por otra parte así lo disponen las leyes. Innegable es con todo que, aun procediendo tan justa y cuerdamente, suele haber yerro y tenerse tropiezos, y hasta darse mortales caídas; pero no siempre es el caer indicio de haber tomado mal camino, pues acaso por otro no habría habido mejor suerte, y en las cosas humanas influye á menudo la ciega fortuna ó la voluntad de la incomprendible divina Providencia, por cuyo decreto sucede en este mundo que quien obra mal alcance victoria. Sea como fuere, es curioso, cuando por donde quiera se van estableciendo con altos pregones que los declaran excelentes los gobiernos de mayoría, oír celebrar la caída de uno que en la mayoría se apoyaba, y compararle con otro que cayó por oponerse á ella y salirse fuera de los términos de las leyes.

Mas ¿á qué vienen disimulos? ¿Acaso los que acababan de derribar el trono francés lo han hecho en castigo de las faltas cometidas por el rey que le ocupaba? ¿No son ellos los que se opusieron á la ereccion del mismo trono, los que en julio de 1830 ya querian lo que en febrero de 1848, los que constantemente en diez y siete años muy cumplidos se han estado quejando de que contra su voluntad fué entronizada la dinastía de los Orleans,

los que con anhelo, con afán en escritos innumerables la han escarnecido y vilipendiado, y combatida con las armas en las ciudades, y trazado su ruina en incesantes conjuraciones? ¿No son los que proclamaban ser la monarquía constitucional un gobierno absurdo cuya vida por lo mismo es imposible? ¿No la calificaban para sustentar su tesis de *dualismo* (1) fatal y desvariado, empleando las palabras del vocabulario político flamante?

Bien podrán decir los censores del ex-rey de los franceses que la mala conducta de este dió poder á sus enemigos, los cuales, no pudiendo vencerle, aunque lo intentasen, cuando tenia en su favor el aura popular, lo han logrado luego, habiendo él llegado por sus faltas ó sus culpas á hacerse odioso. A esto debe responderse que sin duda ha cometido yerros, y aun tal vez pecado en algo el malaventurado principe, desposeido hoy por una revolucion del cetro puesto por otra en sus

(1) Véase entre otros escritos republicanos la Historia de diez años por el señor ó el ciudadano Luis Blanc. El tema principal de esta obra es probar que el *dualismo* del poder en la monarquía constitucional la hace imposible. La tal Historia por su importancia y la que ha adquirido su autor es mas que un libro: es la profesion de fé y el manifiesto de los que hoy gobiernan ó (diciéndolo como se debe) mandan en Francia.

manos. Pero tambien debe atribuirse su desgracia á la inconstancia singular del pueblo francés, mala calidad que deslustra sus sobresalientes prendas, rebajándoles el precio, y al espíritu pelearador de la poblacion parisiense que la mueve á adherirse á cualquiera rebelion como medio de satisfacer su pasion á las lides. Cierto, ha de haber errado Luis Felipe indisponiéndose con muchos antes sus amigos y apoyos de su trono. Pero todo gobierno que vive yerra, y, aun sin errar, se crea contrarios. Lo singular es que en un momento de irreflexion, ó, mejor dicho, de locura hayan abandonado los franceses la forma de gobierno que mas les cuadra, la monarquia, y la hayan abandonado contra el deseo de quienes consintieron y hasta en parte hicieron la mudanza, arrepintiéndose ahora de elle amargamente, y no acertando á mirarla con gusto ni en la hora misma en que por su voluntad ó su condescendencia se estaba llevando á efecto. Porque la calidad del triunfo conseguido por la parcialidad hoy dominante en Francia es tal que bien debe causar pena ó miedo, ó ambas cosas juntas, en las clases en las cuales residen la ciencia y la riqueza, y con la educacion por lo comun los buenos pensamientos, y con la falta de necesidades la

de los peores apetitos, en suma, en las clases que son la parte mejor en las sociedades, y asimismo, considerándolas bajo cierto aspecto, las mas fuertes, si por fuerza se toma no solo la que mejor combate en la hora de la batalla, sino la que resiste al tiempo, y á pesar de repetidos embates se mantiene entera.

Una de dos, ó de la nueva revolucion de Francia ha de salir algo importante, y cuya importancia consista en ser muy diferente de lo que antes habia, ó han de quedarse las cosas como estaban, esto es, poco mas ó menos.

Si lo segundo, no se concibe á qué ha venido la recién hecha revolucion. Necesario es repetir que, aun sin condenar en todo caso las revoluciones, debe mirárselas como remedio violento aplicable solo á males gravísimos, hasta perjudicial por un lado aun cuando por otro aproveche y se necesite; que causa padecimientos atroces, y deja tras de sí rastros fatales. Ahora, pues, en febrero último no temia la parte de la clase media dominante en Francia perder su influencia y poderío; no los compradores de bienes nacionales ser inquietados ó siquiera asustados en la posesion de su hacienda; no los plebeyos ver dada la preferencia á

los nobles para los destinos ; no los incrédulos estar sujetos á la prepotencia del clero ; no los apegados al gobierno parlamentario llorar su desaparicion ; no , en suma , cuantos estaban disfrutando de las consecuencias de la revolucion anterior perderlas en pro de las gentes que en aquella habian perdido todo , y querian recobrar algo cuando reinaba la rama superior de la estirpe de los Borbones. Dislocar la sociedad con el gobierno ; interrumpirse la prosperidad pública ; bajar considerablemente las rentas sobre el Estado ; menguar las de los particulares ; alterarse de continuo la quietud en las calles , y estar siempre temiendo alborotos y desdichas , males son y no lijeros. Todo esto ha pasado ; todo esto sigue pasando ; todo esto debia pasar y debe seguir , y bien se necesitaba que fuesen altos los bienes dignos de comprarse á precio tan crecido. Que se llame república lo antes llamado monarquía , con la ventaja de ahorrarse el pago del presupuesto de la casa real , y la desventaja de faltar firmeza en el poder porque le falta dignidad , y por estar puesto á puja , es corta ganancia para las clases medias y bajas , pues las primeras solo para conservar habrán aventurado mucho y poseerán con menos sosiego lo que conserven , y

las segundas ninguna utilidad habrán sacado.

Pero si sucede lo primero; si la mudanza de la monarquía en república trae consigo grandes alteraciones en punto á quien ejerza el poder y en el modo de ejercerle quien le obtenga, las cosas varían de faz y muy notablemente.

Trasládese el poder de la clase media á la muchedumbre, y con ello se hace mayor y mas importante la variacion de gobierno que lo seria con solo pasarse del monárquico al republicano.

Ante todo, la fuerza mas que el raciocinio vendrá á ser lo que disponga de los negocios públicos. Bien es cierto que la muchedumbre no mandará por sí, aun cuando se figure estar haciéndolo, sino que obrará siguiendo á sus tribunos, los cuales serán á la par sus lisonjeros y sus dominadores. Pero no se podrá lisonjearla sino satisfaciendo sus pasiones, malas casi todas como lo son las del vulgo, que de necesidad es ignorante; las de la plebe en todos lugares y tiempos desdichada, por sus padecimientos llena de ira y envidia contra sus superiores, y por lo mismo codiciosa de lo mucho de que carece. Así, quienes la dominen tendrán que contentarla dándole gusto en sus preocupaciones, y cumpliendo en lo posible con sus deseos. Además

la dominacion de los tribunos es poco duradera. Hoy la tiene uno y mañana otro. Ciertamente las ciegas turbas cuando creen gobernar son gobernadas, y al querer servirse á si mismas sirven principalmente á sus capataces, pero mudan con frecuencia de maestros ó amos, yéndose ahora tras de aquellos, y de aquí á poco tras de esotros, y despreciando, aborreciendo y maltratando á los hombres y las cosas que poco antes apreciaban, amaban y favorecian.

Y mas y mayores que las de tomarse el poder político han de ser en estos momentos las consecuencias del predominio de la plebe. Con darle derechos hasta hartarla, si en ello cabe hartura, poco se le dá para su dicha no satisfaciendo sus constantes durisimas necesidades. Esto le han predicado los parciales del gobierno absoluto para disuadirla de prestarse á revueltas y mudanzas, buscando en ellas una libertad que, aun hallada, le es de corto ó ningun provecho. Esto mismo habian confesado en tiempos novisimos los predicadores de alborotos encaminados á establecer la democracia mas absoluta, y, confesándolo, se habian dejado decir que con la variacion de gobierno, si se hiciese, habria de venir otra en la constitucion de la sociedad, por

donde igualándose, ó poco menos, los pobres con los ricos, desapareciese la clase no propietaria, ó quedase tan aventajada cuanto la que ahora lo es, cuya superioridad parece tan enojosa á los menesterosos. Así, los intereses llamados socialistas están ahora enlazados con los políticos, y la plebe sabe que con tener derechos no tiene ni lo bastante ni lo debido, sino un medio para adquirir cierto grado de buen pasar, logrado á costa de los antes dueños de la riqueza. No se prometió tanto ni tan bueno en la primera revolucion de Francia. Marat aconsejaba matar mucho, y alguna vez robar á los tenderos, pero no proponía un plan de mejora permanente de la suerte de las clases necesitadas. Dominando la junta de salvacion pública recibian sueldo los ciudadanos pobres por asistir á los trabajos políticos en las secciones de París, y al fin con la tasa y postura de todos los comestibles principales conseguian vivir con tal cual baratura; pero todo ello no pasaba de ser un alivio corto y sin trazas de duradero. Babeuf y los suyos prometieron algo mas y mejor; pero vinieron tarde, y cayeron sin llegar á la dominacion á que aspiraban.

Muy variadas están hoy las cosas. Ya no se contentan los hombres con llamarse soberanos si no

recogen del ejercicio de la soberanía algo más material que la satisfacción de su orgullo. Por consiguiente, si la revolución novísima de Francia no dá á las turbas lo que no puede darles, pero lo que les tiene prometido, grandes inquietudes, disturbios y desdichas esperan á aquel país malaventurado. Pasada la revolución de julio de 1830, los pobres oyeron decir que se habían quedado como antes; y no necesitaban oírlo, pues bien lo sentían; pero fueron persuadidos de que nacía la continuación de su pobreza de haberse desaprovechado la victoria del pueblo, fundándose en vez de república una monarquía, y dominando en el Estado las clases medias y ricas, las peores entre sus contrarias. Ahora mal puede decirseles otro tanto. Llegó el instante de cumplirles las grandes promesas que les han sido hechas con profusión, y de convertir en realidades las más halagüeñas esperanzas. Pero, por desgracia, las revueltas traen consigo consecuencias forzosas: menguan ó se esconden los capitales: falta trabajo al jornalero. Al mismo tiempo saben los trabajadores que el poder les toca, y le tienen en gran parte; pero notan que para hacer lo que les tiene cuenta y enriquecerse se les niega dorando con pobres argucias la negativa, y pro-

tendiendo darles por bienes apariencias ó ventajas huecas, porque solo contienen lisonjas para la soberbia en vez de claros y seguros provechos.

De aquí viene la situacion actual de Francia. Pide la plebe, y con razon, el cumplimiento de lo que le está prometido; que se le dé lo que ella ha comprado peleando y sacrificando lo poco ó mucho que le cabia en suerte en dias de paz y orden cuando por los medios ordinarios daba ocupacion y pan á los pobres el empleo de los caudales de los ricos. Por otra parte, se han equivocado mucho ó engañado á los demas, quienes, con notoria contradiccion, por un lado pintaban al pueblo infelicisimo, embrutecido y avillanado, y por el lado opuesto le suponian lleno de pensamientos nobles y afectos generosos, y con la dosis de ilustracion suficiente para hacer buen uso del poder que conquistase. Vésele tal cual es por su mala ventura; siervo de las pasiones propias de la flaqueza humana, y así como impelido avasallado por algunas peculiares de su triste condicion, las cuales compensan otras que lo son de la de los elevados por su clase ó bienes; preocupado, impetuoso, y feroz en sus impetus, y en sus aficiones ciego y variable, y, si con muchos buenos instintos, con no pocos malos,

faltándole con la educacion el correctivo de los segundos, y el medio de desenvolver, afinar, ilustrar y aprovechar los primeros. En balde ha sido querer instruirle. El árbol de la ciencia del bien y del mal ha dado otra vez por fruto el que dió en la ocasion primera; la muerte, en lugar de hacer dioses de quienes en él hincaron el diente. La educacion ha despertado ambiciones locas en un número de hombres bastante crecido, y no ha podido alcanzar á las turbas, de suerte que estas son juguete de los ambiciosos que han aprendido á gobernarlas y á excitar en ellas la codicia que los abrasa, la cual se prometen satisfacer sin que la muchedumbre aprenda para no dejarse alucinar donde está su obligacion y donde tambien su verdadero provecho.

Los lances tragi-cómicos de Paris en el último mes de mayo son acontecimientos que deberian haber previsto los ojos menos lince. Que se repitan es muy posible; pero, aun cuando así no sucediere, poco habrá mejorado por eso la situacion de la república francesa. Una revolucion cuyo objeto no se logra crea un estado inquieto de continuo, donde el angustioso desasosiego proviene de faltar justicia y lógica á los que mandan ó á las leyes y providencias que dictan. Digan lo que quieran, la re-

volucion de julio de 1850 logró su fin principal conservando y afianzando á la clase media el poder que sentia inseguro reinando la rama primera de los Borbones. Digan lo que quieran, la revolucion novisima no habrá conseguido su objeto si no pone el poder en manos de la plebe, y si no le dá algo mas que poder politico ó si no hace alguna tentativa para darle un pasar mejor que el que hasta ahora ha tenido. Y para impedir que, no dándosele esto, ella se arroje á tomárselo, será indispensable en los que mandan dar providencias duras, y no ha de costar poco trabajo dictarlas. El gobierno francés, ó lo que de tal hace en algo las veces, tendrá que desmentir sus dichos con sus hechos; sus halagos y afectados rendimientos á la muchedumbre con los pasos que diere para contenerla y domarla; sus doctrinas blandas y humanas con severos pero necesarios castigos. Y ademas al entrar en esta lid se presentará en ella pobre de fuerzas y concepto, precisado á apelar á menudo á las armas, empleando en defenderse auxiliares mas que súbditos, y teniendo, cuando por debilidad no deje el campo y se preste á ser vencido, que suplir con el terror que infunda todo cuanto le falta del respeto con que deben los gobiernos ser mirados.

:

La república ordenada, la república aristocrática ó mesocrática donde impera la parte de la nación ilustrada é independiente no es un mal gobierno, aunque tiene el grave defecto de ser por demas difícil de asentar y mas todavía de mantener. Pero, refiriéndose á Francia, allí semejante gobierno ofrece mas dificultades que en otro país cualquiera, si ya no para establecerse para conservarse. El pueblo francés es monárquico cual pocos. Aventurado parecerá este aserto á quienes no mediten en la historia moderna, y á quienes no conozcan bien lo que por monárquico se entiende. Sin duda, los franceses del tiempo presente son democráticos, pero la democracia es muy compatible con la monarquía, y lo es en alto grado con la obediencia á un caudillo que mande con poder absoluto y le ejerza en pro de los pobres y abatidos contra los ricos y soberbios. Francia tiene una capital en la cual se recrean los franceses, dándole la vanidad popular una suma de autoridad la mas lata. Cuando falte á la nación francesa un rey de carne y hueso, tiene por tal á un ente llamado Paris, ó, digase, el pueblo parisiense. Este monarca unas veces se llama *bourgeoisie* ó clase media y otras *peuple* ó plebe, pero son individuos de la misma dinastía y apellido

y uno ú otro de ellos manda al cabo. ¡Qué diferencia entre esta gente y la anglo-americana, en cuya república ó agregacion de repúblicas está el poder desparramado, y donde es residencia del gobierno una ciudad casi sin moradores, la cual, solo por habitar allí durante cierto tiempo los legisladores y los que ejercen la autoridad suprema, es nombrada en aquellos dilatados territorios!

Pero esta diferencia de los franceses y los anglo-americanos existe además en las costumbres, siendo de ello un síntoma lo que se acaba ahora de citar; diferencia que dá al espíritu democrático de ambos pueblos tan distinta indole, que los excesos del poder popular comunes á ambos no pueden borrarla. Los franceses son militares por excelencia: los anglo-americanos legistas, ó, si ha de hablarse con exactitud, hombres de un pueblo donde es uso y gusto llevar las cosas por los trámites legales, propia condicion de republicanos verdaderos y á la moderna, ó digase, de gente á propósito para la libertad de nuestros dias; pues repúblicas ha habido y hay, como las de la antigüedad griega y romana, y sus imitaciones de épocas posteriores, donde el gobierno es absoluto ó poco menos, contribuyendo á formarle y tal vez á influir en algunas re-

soluciones el pueblo todo ó la parte de él mas crecida; pero, formado ya y en los casos ordinarios, obrando á nombre de la soberanía popular con impetu, dureza y poca ó ninguna sujecion á clase alguna de trabas. Bien es verdad que las costumbres se mudan, que los pueblos de hoy no son los de un siglo antes, que sin tales mudanzas sería imposible toda mejora, que las cosas tienen principio, y que empezando los hombres á ser republicanos van adquiriendo y llegan á tener el conocimiento y el hábito de pensar y portarse como tales. A los que dicen que hasta haber adquirido hábitos de vida pública no deben los pueblos comenzar á ocuparse en los negocios de la procomun, comparó con agudeza y chiste la Revista de Edimburgo á ciertas abuelas que dan por consejo á los jóvenes de su familia no meterse en el agua antes de haber aprendido á nadar. Copiando ó traduciendo con leve alteracion esta frase, ha dicho una vez quien esto escribe, aconsejando á sus compatriotas arrostrar los peligros de una revolucion, que «á nadarse aprende en el agua»; pero algunos y no muchos años han mediado entre haberlo dicho y arrepentirse, viendo á los mal aconsejados bregar con las ondas, consumir sus fuerzas y anegarse en vez de llegar á ser diestros nadado-

res. Por esto en ocasion posterior, citando su anterior dicho, le desaprobó, notando que á nadar aprenden los muchachos ó los mozos, pero no los viejos, y que viejos son los pueblos europeos, siendo por esto muy seguro que se ahoguen si en su edad acometen la temeraria empresa de comenzar la práctica del ya para ellos difícil arte. Y con justicia podria añadirse que viejísimo es el pueblo francés, porque sobre serlo de suyo la sociedad política que forma, ha pasado además por tantos y tan terribles trances, y pensadó tanto en breve plazo, que pocos años de su existencia equivalen á una larga vida. Ahora, pues, con la edad toman los pueblos como los individuos un carácter difícil ó quizá imposible de variar ó siquiera de modificar considerablemente. Hay tambien ciertas calidades que dá á cada gente el clima en que habita y el modo de vivir que, por consiguiente, adopta. Así vemos en las naciones algo como impreso por la mano de la naturaleza, que les es inherente, acompañándolas en todas las mudanzas de su destino, y en todas las vicisitudes de su sociedad, y que se acomoda á diversassituaciones, sin dejar por esto de asomar entre el amalgama que forma con el producto de los siglos y de los acontecimientos. En los franceses del

siglo XIX queda un tanto de los galos antiguos, como no faltan á los españoles en su semblante moral rasgos del de los antiquísimos naturales de España. Pero, sobre esto, se vé en los pueblos, ni mas ni menos que en las criaturas, señales de su vivir pasado, de su niñez, de su juventud, y de su edad madura cuando han llegado á esta ó entrado en la vejez; trámites de la existencia por los que casi todas las naciones europeas han pasado. Tienen los pueblos viejos ya su historia, tienen su sistema de sociedad, tienen su literatura, hija de la última, y que á su vez obra sobre la causa de la cual proviene; tienen sus ciencias y aun su filosofía, siendo hasta estas en cada pais un tanto aunque poco diferentes, como si á las cosas mismas en que debería haber identidad se pegase un no se qué peculiar de cada asociacion de hombres y que las diferencia. No: mal pueden ser los mismos los hombres amamantados con la Biblia y Shakspeare que los criados por Racine y Voltaire; los apegados á sus tradiciones viejas que los adoradores de la razon filosófica; los que se recrean en contemplar ó remedar la naturaleza en los campestres paseos de la populosa Lóndres, ó los que mezclan el placer con la admiracion, al disfrutar de las pompas de Versalles ó en la mag-

nífica línea de los campos Eliseos en París, centro así como de la ilustración de los deleites. Iguales lecciones aprendidas por estos y aquellos dejarán muy diverso producto en entendimientos que han recibido muy diferente cultivo, sobre no ser de suyo de idéntica naturaleza.

En balde es ó sería, pues, en los franceses copiar las costumbres inglesas ó anglo-americanas, porque no sabrían usar de ellas, ó porque no pueden copiarlas sin que las alteren, pues en su integridad les repugnan. Como dice muy bien el vizconde de Chateaubriand en uno de sus folletos, el pueblo francés *es un soldado* (1). Al revés el anglo-

(1) Al decir el Sr. de Chateaubriand *«la France est un soldat,»* «el pueblo francés es un soldado,» agrega: *¿quién entre los franceses piensa en la libertad, sino unos pocos benditos varones de mi especie? (quelques béats de mon espece).* El buen señor se engaña hablando de si mismo. Su conducta cuando fué ministro, y aun su modo de celebrar la libertad desmintiéndose con sus himnos á la gloria militar, prueban que al pintar bien á sus compatriotas con la exención que de si mismo hace, no obstante todo su deseo de favorecer lo llamado libertad, no acierta ni aun en seguir siéndole fiel en la teórica, así como no se lo fué en la práctica cuando gobernaba.

Hoy es, y á nadie le ha ocurrido en Francia que no haya prefecto de policía, sino tener por tal á un republicano. El autor de este folleto se acuerda de que en 1.º de abril de 1833 un periódico republicano satirico (cree que era *El Charivari* ó digase *«La Cencerrada»*) siguiendo la costumbre francesa de hacer ó decir cosas de burlas en el tal día del año, á lo cual dicen ellos *poisson d' avril* (pescado de abril)

americano y el inglés son paisanos, aunque valerosos, y lo son hasta en el acto de guerrear como valientes. En sus negocios son amantes de disputar por las vías legales mas que del manejo de las armas. El inglés ó su hermano de América suele convertir en pleito ofensas personales: el francés querría litigar con la espada; viéndose que el primero lleva ante los tribunales una querrela por la deshonra de su esposa ó de su hija, ó por un insulto á su persona, y que el segundo, tratándose de un litigio aun sobre intereses, se inclina á dar fin á la disputa riñendo en el campo.

Lo que son los gobernados con los gobernadores. Quizá hay excepciones á esta regla, como á todas; pero si las hay, son pocas é hijas de raras circunstancias. Un conquistador ayudado por sus tropas; ó un déspota cuya autoridad, de antiguo y, para sus súbditos, sagrado origen, inspira veneracion mezclada con temor, pueden y suelen hacer

figuró establecida ya muy de antiguo la república en el mismo mes de 1933, y entre otras felicidades un prefecto de policía dictando providencias favorables á la libertad. Notó esto una persona de claro entendimiento, advirtiendo que á un amante de la libertad á la inglesa ó americana, esto es, de la verdadera, se le habría ocurrido figurar que el empleo de prefecto de policía y el derecho de reglamentar las acciones de los gobernados eran ya cosas desconocidas.

mudanzas notables hasta en las costumbres de los pueblos. Esto segundo sucede particularmente en naciones de corta cultura; donde la que hay opone poco estorbo á la que la mano dura del dominador introduce. Pero, aun así, lo conseguido por violencia se resiente de su origen. Mas cortos y fugaces son los efectos causados por el miedo á un poder violento menos respetado como nacido de súbito. Aparéntase obedecerle, y aun se le obedece, pero dura la obediencia tanto cuanto el peligro de donde proviene, y ni un punto mas.

En Francia la convencion, de tremenda memoria, fué un rey, y rey absoluto. Mandó con ilimitada autoridad, y fué obedecida por las circunstancias en que gobernó, cuando, peligrando la patria comun, era la obediencia un medio de salvar el Estado, y lo fué tambien porque infundia terror, y porque agradaba á la plebe francesa ser mandada, en daño de los ricos, por la autoridad tribunicia. Pero en lo que hizo contrario á la indole del pueblo francés, consiguió poco, y eso poco nada duradero. Napoleon gobernó con absoluto poder, y Napoleon sigue siendo el ídolo, el dios de Francia, venerado despues de su muerte mas que otro hombre ú otra cosa de cuanto ha habido en la mudable escena de

aquel país, hasta recordado con amor, y gozando el privilegio de que hoy no se atrevan á su memoria ni los republicanos ni aun los legitimistas; y todo ello porque gobernó con los verdaderos pensamientos y afectos de los franceses, dando gloria militar, brillo de toda especie, y distinciones, aunque sin necesidad de ilustre cuna para obtenerlas. Napoleon no podría haber regido al pueblo inglés ó al anglo-americano, y aun si entre estos, tras de revueltas y destrozos, subiese al solio vacante un capitán vencedor é imperase con ilimitada potestad, sería un Napoleon de muy otra naturaleza que el déspota de memoria grata á los que le obedecieron.

No por esto se pretende en el presente escrito que deba ó pueda levantarse ahora un trono en Francia. No: faltan cimientos en que edificarle: materiales con que construirle. No: en la ruina de cosas y personas nada ha quedado allí que inspire reverencia, y un trono no reverenciado no pasa de ser un sillón con un dosel de terciopelo encima, según la aguda y atinada expresión del mismo emperador francés, que en materia de poder alcanzaba mucho.

Los hombres deben pagar la pena de sus culpas, y hasta la de sus yerros. Los grandes hechos,

sean buenos ó malos, han de dar de sí el debido fruto. Quienes abrieron la odre donde estaban encerrados los vientos, necesario y justo es que sientan los efectos de la borrasca causada por el desate de su furia.

República es de creer que sea Francia por algunos años, y su gobierno no tenerle. Ahora prevalecerá la clase media con inquieta dominacion, y, no habiendo podido sostenerse ni aun abrigada por el trono que ella misma habia creado, y al cabo no supo ó no quiso defender, resistirá mal á los embates de la plebe, y tendrá que ser tirana resistiendo, pues del estado de guerra es compañera inseparable la tiranía. Prevalecerá, no como antes, por su derecho, sino contra su derecho, porque dejará de estar reconocido que debe ser el poder de los entendidos y de los independientes, y será, por el contrario, la teórica dominante, sea cual fuere la práctica, que toca el mando ó el superior influjo en las cosas públicas, no al mejor, sino al mayor número de miembros entre cuantos componen el cuerpo del Estado. Ahora en una oleada de las comunes en el mar de las revoluciones nunca sereno, las turbas ciegas cobrarán el señorío y le ejercerán con los ímpetus violentos y los apetitos voraces y com-

pletamente insaciables que traen consigo la ignorancia y la indigencia. Ya, habrá guerra civil, al modo que en varios Estados de la América antes española, donde se ha visto ser posible la prolongada duracion de la anarquía y del uso de la fuerza para alternar los bandos y sus cabezas en apoderarse del mando. Ya, por la repugnancia de los franceses á combatir unos contra otros en larga campaña, y por su obediencia á la capital y á quienes en ella dominan, habrá una tiranía mas ó menos encubierta ó dura, con una paz engañosa y desasosegada, en la cual, careciéndose de confianza, será imposible la pública y privada prosperidad, que solo se aviene con la tranquilidad en los espíritus, así como en las ciudades y campos. De todos modos, de lo que se llamaba libertad, ó sea seguridad personal, habrá poco, porque no pueden darla ni consentirla gobiernos mal seguros, ni la quiere conceder á sus contrarios ó á quienes por tales juzga la muchedumbre, mala amiga de que se le resista, ó de linaje alguno de contradicción.

De esta suerte del gobierno y del pueblo francés participará casi todo lo restante de Europa.

En ella, como va notado, acaban de crearse monarquías constitucionales, por lo mismo que en

Francia ha triunfado el partido que declara tal forma de gobierno imposible, por ser absurda. Pero, como tambien queda advertido poco antes, bajo el nombre de monarquía constitucional, así como en Francia bajo el de república, la revolucion es la que triunfa en unas y otras partes, salvo donde el poder existente se defiende y logra salir victorioso, si bien con corta probabilidad de gozar largo tiempo de su victoria.

Sin duda alguna el estado de otros pueblos no es el del francés. Ciertamente no tienen el mismo carácter que los franceses los italianos y menos los alemanes. De seguro, lo que los agitadores de estos dos últimos pueblos piden ó van creando no es lo á que los primeros aspiran, pues ha ya largos años que lo habian conseguido. Pero las circunstancias pueden mucho para igualar diferencias, y no es la menos poderosa circunstancia de la recién hecha mudanza, donde quiera que la ha habido, la de haber empleado para el logro de ciertos fines, aunque diversos, medios cuya identidad debe producir la de sus consecuencias.

En 1808 se levantó España contra el poder francés, viendo amenazada su independencía, mancillada su honra y usurpado su trono; y, si bien los

españoles, al contribuir al general levantamiento, se proponian diversos fines, el mayor número de ellos aspiraba á lanzar del suelo patrio á los extranjeros y á restablecer al rey, objeto de su amor, en el trono de que habia sido arrebatado. Sin embargo, por consecuencia forzosa del levantamiento vino desde luego el gobierno popular, y vinieron á la postre las córtes de 1810 y la constitucion de 1812, y de la misma fuente han manado las posteriores revoluciones hechas muchas de ellas contra el trono. Porque, á fin de guerrear por el rey y contra los extranjeros, hubo de echarse mano del impetu y de las fuerzas de las turbas, y el pueblo se alzó, y el pueblo gobernó, y nació de ello convertirse en derecho lo que habia ya sido y era un hecho, y en costumbre y leyes lo destinado á ser arbitrio propio para una ocasion sola, y de duracion breve.

Las novisimas revoluciones todas han sido hechas en tumultos, y haya sido aquel ú otro su objeto, han tenido por medio y por consecuencia de su triunfo el de la fuerza de las turbas sobre la autoridad tal cual estaba constituida.

De aquí nace haber desquiciádose la máquina gubernativa y aun la social en los paises teatro de

revueltas, y menoscabádose y aun en mas de una parte del todo extinguidose la obediencia.

Aunque la revolucion recién hecha en Francia ha llevado y lleva un fin enteramente contrario á las ocurridas poco despues ó al mismo tiempo en otras naciones, pues condena y derriba la monarquía que estotras aparentan ensalzar y establecer, aquella es la causa principal de las segundas, y por esto es altamente aplaudida por los revolucionarios todos en sus respectivas tierras.

De aqui nace prevalecer sus doctrinas y adquirir influencia predominante sus agentes.

Por cierto en otros paises de los hoy inquietos ó revueltos no hay como en Francia una clase numerosa de jornaleros necesitada y ambiciosa, á la cual solivianten contra la clase ilustrada y rica hombres perversos ó locos. Pero en cambio falta un número crecido de propietarios enterados de los peligros que corren, unidos por el conocimiento de su interés, y resueltos á oponerse al desórden, cuando este amenaza ó continúa.

De aqui nace hacerse dueños de enorme poder y emplearle en daño comun las cabezas de motin, valiéndose para acabar con la paz pública de las turbas populares en las grandes poblaciones, turbas aficio-

nadas á alborotos donde hallan unos de entre ellas provecho y otros diversion maligna, y los mozalvetes atronados que, antes de tener la edad necesaria para disponer de su hacienda ó personas, ó para tener cargos públicos, ó ejercer los derechos de ciudadanos, quieren y logran gobernar el Estado, y hacer las veces de autoridad suprema, y antes de aprender lo bastante, dirigir á los hombres maduros, reduciendo á práctica su teórica que no pasa de ser los rudimentos mal digeridos de la ciencia política, gentes que convierten las calaveradas del aula en mas perniciosos desmanes sobre puntos de la mayor importancia y transcendencia. Entre tanto los moradores de los pueblos pequeños y de los campos ven ú oyen abobados lo que está pasando, y, sin entenderlo, ó acaso sintiéndolo, pero sin atreverse á una tentativa para remediarlo, dejan que resuelvan sobre su destino, que es el de la nacion toda, los alborotadores de las ciudades.

Consecuencia de todo ello es no poderse establecer las monarquías constitucionales que se pretende fundar, y usurparles el nombre y lugar y el de los gobiernos absolutos caidos, el desgobierno y el desórden que son, asimismo, en lo que aciertan á mandar una dictadura violenta y desarreglada.

Así las constituciones recién hechas en varios Estados están ya desechadas por los votos de los hombres mas arrebatados y tambien mas poderosos entre los directores de las mudanzas que se van llevando á efecto ó se intentan, y por los de la gente mas celosa y resuelta de la muchedumbre que á estos directores obedece. Ni al papa, á ese Pio IX aclamado poco ha como *Mesias*, por gentes de las cuales hay sobrada razon para sospechar que no creen en mision alguna divina, siendo sus expresiones religiosas, cuando no una treta política, una frase poética; ni al emperador de Austria, ni al rey de Nápoles ha aprovechado prestarse dóciles, si no gustosos, á la conversion de su autoridad de lo que se llamaba despótica en constitucional ó limitada. Todos ellos han luchado ya y tienen que luchar con nuevas pretensiones, presentadas con las bocas de las armas de fuego ó las puntas de las espadas ó puñales, y todos ellos, vencedores ó vencidos, se ven precisados á seguir defendiéndose contra agresiones futuras infalibles, ó á sufrir nuevas humillaciones y sujetarse á mas duras condiciones en su cautiverio. En suma, se les pide por monarquía constitucional una especie de república imposible, á cuyo frente quede por algunos dias un princi-

pe como de autoridad interina y subalterna.

La monarquía constitucional, como otra cosa cualquiera, no puede establecerse cuando los medios empleados para asentarla ó conservarla no son á propósito para el intento.

No se va ahora aquí á declarar la monarquía constitucional un gobierno absurdo é imposible. Temerario sería decirlo, y, sin embargo, así lo han estado afirmando durante algunos años, y hoy lo proclaman los republicanos franceses (1), sin escándalo de los que se mienten amantes del trono constitucional en otros países; hombres á los cuales la misma condenacion de la forma de gobierno por ellos hipócritamente ensalzada parecería horroroso exceso si saliese de boca de quienes en medio del huracan que anda derribando y barriendo sólios, magistraturas y sistemas de sociedad, aconsejasen robustecer los cimientos en que el poder estriba, y rodearlos de defensas contra los que viniesen á darle asalto. Pero, sin pasar á tanto, y hablando con la franqueza propia de quien esto escribe, si imprudente á los ojos de algunos, debida en las ac-

(1) Y casi todos los revolucionarios modernos lo creen ya. Ninguno de ellos piensa en la monarquía, sino «*por ahora*.» Y segun ellos entienden ó fingen que entienden, la monarquía constitucional es gobierno al cual con empacho puede calificarse de imposible.

tuales circunstancias, no hay aquí reparo en afirmar que todo gobierno para sostenerse en el momento presente ha menester estar revestido de las mas latas facultades. Dictaduras y no otra cosa son las recién creadas potestades revolucionarias: dictadura tiene que ser la destinada á resistir á bandos armados; porque llevar las cosas de la paz al teatro de la guerra sería una demencia, si no fuese un imposible. Y un imposible se dice, porque, si en lo posible cabe acudir desarmado á hacer frente en el campo de batalla á un contrario que viene á acometer furioso, quien así obrase solo estaria en pie por brevisimo tiempo, ó digase por instantes, reduciéndose la posibilidad de su accion al cortísimo término que mediaría entre presentarse y caer, perdiendo, cuando no la vida, la libertad, esto es, desapareciendo como obstáculo á la fuerza su enemiga.

No por esto parece acertado que se dé la monarquía constitucional por acabada en provecho de la absoluta, así como en el de la república ha quedado abolida en Francia. No, y este «no» es dado con sinceridad y no por ruines contemplaciones. No: el estado de la opinion, las necesidades de los tiempos dictan que «*de derecho*» tal forma de gobierno subsista en calidad de una esperanza ó de un deseo.

Tampoco es razon que se proceda con engaño, alargando el plazo al cabo del cual haya de existir de hecho lo que de derecho está reconocido. No: corto ha de ser el término que dure la dictadura *«ad tempus sumenda est»*: corto, se entiende, comparado con el paso de la carrera de los siglos; corto, pero el suficiente para hacer una prueba que, segun las cosas van, no puede alargarse mucho, prueba en la cual, ensayándose sistemas de gobierno ha de verse su calidad tan clara y completamente cuanto cabe verse la de los objetos, no fisicos, sino morales. Corren con tal velocidad sus trámites los procesos de las actuales revoluciones, que apenas dan lugar á impaciencia, ni aun en los menos sufridos. En breve resolverá la experiencia muchos problemas sobre las clases de gobierno posibles, entendiéndose tambien por posibles las que lo son en unas ú otras circunstancias.

La monarquía constitucional, como es sabido y conviene tener presente, cuenta pocos años de existencia en Europa, salvo en Inglaterra, donde es muy otra cosa que las imitaciones de ella hechas en el continente europeo. Obra alli de siglos, formada poco á poco, antecediendo la práctica ciega á la teórica, ó, para decirlo con mas exactitud, sa-

cándose doctrinas generales de teorías y prácticas parciales de legislación política, y llamándose y siendo leyes los usos y costumbres, ha vivido dilatadas edades, pero mudando de tal manera, á veces sus formas, y con frecuencia su índole, que, por la facultad de adaptarse á los tiempos propia de instituciones no escritas, es muy diferente de lo que fué, no ya reinando los Estuardos ó los Tudores, sino bajo los primeros principes de la estirpe hannoveriana hoy sentados en aquel trono. República aristocrática con un rey por cabeza, daba al pueblo lo que en otras aristocracias le estaba negado; plena seguridad personal, libertad de pensar cada cual como quisiese, y de decir lo que pensase hasta sobre los negocios del Estado; entrada y posibilidad de subir á los mas altos puestos, sin haberse menester para ello ilustre cuna y, por último, el derecho y el ejemplo de incorporacion en la misma aristocracia á quienes por sus servicios en la carrera militar ó civil, ó por su trabajo y la riqueza, conseguida trabajando, adquiriesen influencia en la sociedad de que eran parte. Bien es cierto que en general negaba la práctica lo que concedía la teórica; que el mando y las dignidades, cuyo camino estaba segun las leyes abierto á todos, venia á estar cer-

rado excepto á unos pocos, y que por la influencia de los propietarios en las elecciones y del parlamento en todos los negocios y en la distribución de los empleos y cargos, quedaban excluidas del gobierno y de los cuerpos legisladores, y de todo medio de influir poderosamente en ellos no solamente las clases inferiores del pueblo, sino hasta las medias bien instruidas y acomodadas. En suma; el gobierno en los nobles y ricos: la libertad para todos y hasta para los mas bajos: las instituciones tales que mantuviesen este orden de cosas, y tambien privando en gran manera de independencia á los pobres, y aun á los medianos entre los muchos inutilizasen los derechos políticos que en cierto modo ó en apariencia tenian, y quitasen á la libertad de que gozaba el pueblo entero el peligro de ser un arma con la cual conquistasen el poder la muchedumbre ó el estado llano; esto era la constitucion británica tan celebrada por no pocos durante el siglo XVIII; censurada aun entonces por hombres que á pesar de su saber, no entendiéndola, le atribuian faltas muy diferentes de las que tenia; cuya imitacion se ha intentado y sigue intentándose en varios paises; alterada siempre al copiarla, como si revelase el instinto no ser fiel la copia que no trajese consigo la

de la sociedad á la cual era adaptable y está adaptado aquello vago, no escrito, llamado constitucion; alterada, sin embargo, con torpeza por no conocerse sus defectos y enmendársele los que no lo eran; y respetada y aun admirada aun por sus censores al verla en la práctica dar de sí buenos frutos, si bien mezclados con otros amargos, hijos de la desigualdad en los bienes venida á ser mas visible ó aumentada con el prodigioso acrecentamiento de la riqueza. Y eso poco mas ó menos sigue siendo la constitucion británica, aun despues de la famosa reforma de la cámara de los comunes, disposicion encaminada á traspasar el poder de la aristocracia á la mesocracia ó á hacer que entre ambas quede compartido, y disposicion ó ley cuyos efectos hasta ahora han sido cortos, pero que los ha producido, si no patentes y sentidos desde luego, profundos y no enteramente encubiertos, de aquellos, en suma, cuya accion es tardía pero cierta. Hoy mismo no ha cesado de ser república aristocrática la Gran Bretaña. Allí el rey solo puede gobernar, ya con una, ya con otra de las dos grandes parcialidades que dividen el pais, encomendando la direccion de los negocios, no á quienes quiera de los mismos partidos, sino á los que son de ellos cabezas naturales. En

tal sociedad y tal gobierno cabe gozar de un grado considerable de libertad verdadera. Faltan medios de usarla los ambiciosos para remontarse demasiado. Además permite el artificio de la máquina gubernativa y social dejar sumo ensanche á las acciones individuales. Dividido el pueblo en castas á modo de capas de tierra, hasta la opinion nacida de situacion semejante prohíbe que cada cual se salga mucho de la esfera donde le tiene su propia suerte, y donde el concepto de los demás le considera bien colocado. No hay necesidad de que la autoridad intervenga en arreglar las cosas, ó dígase, mande mucho donde todos están en el lugar que, segun se cree, les corresponde. Una familia no ha menester para su régimen muchas leyes ni órdenes, porque en ella se sabe que el padre ó quien quiera que sea la cabeza de la casa es superior á los demás y la familia del amo á los criados; pero en un colegio donde concurren muchos iguales, es indispensable reglamentar varias acciones de los concurrentes, y armar de bastante autoridad á los directores, maestros y ayos. Por eso la democracia novel, hija de la emancipacion, y donde falta el respeto que en las democracias viejas conceden las costumbres patriarcales á ciertas familias, requiere gran-

de autoridad en los gobernadores, y hasta la intervencion officiosa de los mismos en no pocos actos de los gobernados. Por eso de la libertad inglesa ha sido y es el cimiento su aristocracia. Y en los anglo-americanos está cimentada la libertad (1) de que gozan en las costumbres inglesas heredadas, y si bien han acertado á amalgamar estas con la democracia lo que de la última asoma suele viciar el conjunto, sin contar circunstancias particulares por donde pierde allí muchas de sus malas calidades el imperio de la muchedumbre, imperio que se va haciendo peor, segun van sucediendo á los usos y

(1) Cierta es que en los Estados-Unidos de la América Septentrional vive en gran parte lo que propiamente se llama gobierno en medio de ser combatido con armas que á otro cualquiera matarian, porque allí está desparramado el poder cuanto estarlo cabe. Gozan tambien en aquel pais los hombres de mucha libertad y seguridad á la par sin peligro público, porque ninguno amenaza al Estado, sin contar con que los desiertos de Poniente (*far West*) dan modo de buscar sustento y anchura á la gente inquieta. Pero corran algun peligro los particulares y se verá cómo la represion de los que infunden miedo tiene que ser violenta é irregular, porque tal es la indole del gobierno de la muchedumbre, y porque, faltando fuerza á la autoridad y á las leyes, se apela á los excesos como medio de salir de grandes apuros. De esto dá una prueba lo ocurrido cuando ha habido quienes hayan intentado abolir la esclavitud. Como de resolverse su abolicion resultaria un enorme perjuicio á los amos ó dueños de negros, los propietarios de esclavos ó sus allegados no solo niegan á los predicadores de la emancipacion el derecho de aconsejarla, sino que los

pensamientos y afectos de los dias primeros de su independencia otros de muy distinta é inferior clase.

No se hable, al tratar de los ensayos de monarquía constitucional, del primero hecho por los franceses. Poco quisieron estos en 1789 copiar de Inglaterra, pero sí algo, y no faltaron quienes desearan hacer la copia muy semejante al original, ó fiel hasta ser idéntica. Hizose allí entonces una constitucion y no muy á la inglesa, y en eso erraron en parte los que pensaban vivir en aquella hora con una constitucion, y acertaron los que estaban haciendo una revolucion, no siendo compatibles las

atropellan y asesinan. En el año de 1835 varias poblaciones, y aun la misma Filadelfia, tan afamada por la mansedumbre de sus habitantes, fueron teatro de sucesos horribles, siendo ahorcados algunos defensores de los esclavos, otros azotados, y otros martirizados cruelmente, y no pocos negros muertos á hieirro ó á fuego, ó sin haber precedido al suplicio formacion de causa, ó formándose una por tribunal no creado por las leyes, y sin atenderse en ella á las fórmulas legales. Asi allí sirve de correctivo á la desmandada libertad la no menos desmandada tirania. Y aun esta tirania tiene su ser y nombre conocidos, como si se conviniese en que hay de ella necesidad permanente para freno de un bruto que suele desbocarse. Llámase allí ley de Lynch (*Lynch law*) el juzgar ó castigar sin observar las leyes. Cuentan que dió nombre á esta costumbre un magistrado llamado Lynch que viviô cuando, siendo aquellos paises colonias inglesas, estaban á medio poblar y en estado de barbarie. Asi la democracia tiene que usar de bárbaros medios, por ser ella de suyo bárbara, como lo es la muchedumbre.

constituciones con las revoluciones; verdad ha poco ignorada casi generalmente, y hoy mas conocida, aunque haya quien finja no conocerla, siendo en los de esta laya la fingida ignorancia sobra de refinada malicia.

Con mejor acuerdo se procedió en la misma Francia en 1814 y en 1830. En el primero de los años citados el ensayo nuevo tenia el inconveniente de ser hecho por una familia Real no bien quista con la parte mas crecida ó mas alentada del pueblo francés; familia cuya vuelta al perdido trono venia acompañada de gran mengua al honor de su patria, y que trataba de restablecer algo de la sociedad antigua chocando con las pasiones, y lastimando ó poniendo en recelo el interés de clases numerosas.

Renovose el intento en 1830 con mejores auspicios, variando poco en lo existente y tirando solo á afirmar bien la monarquía constitucional que, segun quedó, era protectora de los intereses, y en parte de las pasiones que la revolucion primera habia creado y aun mantenía con vida.

No cabe haber circunstancias mas á propósito que las de Francia en 1830 y los diez y siete años siguientes para probar una constitucion con rey y con libertad; parecida en las formas á la inglesa,

diferente de ella en el espíritu, dando á los gobernados los mismos derechos de pensar, de hablar, de publicar sus pensamientos libremente; con poco menos seguridad personal, pero entendiéndose y viéndose que, sentadas las cosas, habria la misma en cuanto era compatible con el carácter del pueblo y con la igualdad origen de desorden; con el influjo de los cuerpos deliberantes sobre el gobierno, por donde, sin menoscabo del decoro de la Real dignidad, es de la mayoría de los mismos cuerpos, y especialmente de la del elegido por el pueblo la direccion de los negocios. Parecia fácil de conseguir este objeto en un pais donde, estando la propiedad repartida entre muchos, forman sus dueños un cuerpo fuerte por el número como lo es la aristocracia inglesa por su dignidad; cuerpo defensor natural por ser poseedor de las conquistas hechas en la revolucion antecedente y mantenedor del orden y de todo lo existente como quien solo puede perder en una mudanza. Así, con un rey ilustrado, hábil, diestro, amaestrado, tanto cuanto por la lectura por la experiencia, de valor sereno acreditado en varias ocasiones de apuros y peligros, y solo desmentido en el trance fatal de febrero último por causas difíciles de adivinar; con una familia

Real de gallarda presencia, modelo de virtudes domésticas, unida por tiernos afectos, y notable hasta por lo numerosa, sin ser parte á la desunion su número; con unos príncipes bien educados, en quienes estaba hermanada la instruccion con las prendas de soldados, tan gratas á un pueblo belicoso y amante sobre todo del brillo de las armas; con un trono sentado en la revolución, dotado para los teóricos pedantes del mérito de provenir de la soberanía popular y representarla, y para las gentes prácticas y juiciosas del de tener que sujetarse á la constitucion por ser ella el fundamento de su derecho y autoridad; con un pueblo ilustradísimo y enseñado además por los excesos de una revolucion cuyas huellas apenas estaban borradas; con una suma de propietarios cuyo interés era mantener el orden y conservar sin grandes mudanzas un Estado donde representaban el principal papel; con un ejército disciplinado y valeroso; con una hacienda en buena situacion; con las rentas públicas á un precio el mas subido; con una prosperidad sin ejemplo en los anales del mundo, aunque acompañada del padecer de muchos pobres, mal de que no pueden escapar las sociedades, y del que adolecen especialmente las ricas; con una libertad de hablar y escri-

bir y una seguridad de la hacienda, y aun de la persona, contra toda tropelia, si no iguales á las de que gozan los ingleses, tampoco muy inferiores; en pocas palabras, con tantos elementos de firmeza para la autoridad y tantos motivos de satisfaccion para los gobernados, razon sobrada habia para figurarse encontrado en el suelo francés el apetecido modelo de la monarquía templada, sin aristocracia cuyos privilegios ofendiesen ó dañasen; distante así como del despotismo del desórden, emblema de los progresos del saber en nuestra edad, y admirablemente adaptable á los que hagan las venideras, y, en suma, monumento que prometia durar sin menoscabo y mejorándose por dias hasta llegar á la tal cual perfeccion que á las obras de las criaturas concede la Providencia. Pero la planta cuya lozania causaba recreo á la vista, y cuyo estado prometia los mas regalados y saludables frutos, ha aparecido de súbito seca, y ha caido resuelta en polvo. El experimento cuando, segun las conjeturas mejor fundadas, iba á colmar las esperanzas de quienes en él tenian las mas lisonjeras y subidas, ha dado de si con su malogramiento el mas completo desengaño. Si hay conversion, ó llámese apostasia, nacida de justo motivo, es la de quien habiendo susten-

tado la causa de la monarquía constitucional la desampara en la hora presente. Poca justicia habría en culpar á quien prometiéndose de una obra las mas felices resultas, y complaciéndose en contemplarla ya llevada á cabo, ó poco menos, la diese por imposible de conseguir cuando hubiese visto que, sin faltar una sola de las condiciones necesarias para que saliese bien, habia venido á parar en nada, cumpliéndose los vaticinios de los que por distintas y opuestas razones le vaticinaban el fin fatal que habia venido á caerle en suerte. El antes apasionado y ahora desaprobador de la clase de gobierno de que aquí se trata, si fuese inculpado por los fogosos amantes de la libertad, podria defenderse, alegando en abono de su nueva fé ó del abandono de su fé antigua el testimonio de la experiencia sobre la para sus acusadores respetable y respetada autoridad de los republicanos franceses.

Temeridad es, sin embargo, profetizar, pues aun para colegir con algun acierto de lo presente y pasado lo futuro faltan datos. Lo terrible ahora es que no se ve posible forma alguna de gobierno; de verdadero gobierno se entiende. A nadie se ocultan las fuerzas que estan combatiendo á la autoridad casi con plena certeza de destruirla á la pos-

tre, donde todavía sigue en pie y entera, pero nadie divisa el modo de resistir ó aun de contener á esas mismas fuerzas, cuya índole y accion no desconoce. Desde el bajel se descubre la nube, y se sabe que trae consigo el huracan, y con todo eso faltan medios para hacer ó aun para discurrir la maniobra, por la cual se evitaria padecer los efectos de su furia.

Dos clases de gobiernos absolutos amenazan repartirse á Europa; el uno llamándose monárquico ó de orden, el otro llevando diferentes nombres, de los cuales el que le compete, donde quiera, es el de revolucionario. Aquel en sus formas aparecerá menos dispuesto á tolerar oposicion, y de hecho consentirá poca ó ninguna, y será duro: esto proclamará mucha libertad y la dará, pero castigará á quienes de ella usaren, y arrollará y anadará con impetu y rigor toda resistencia. Así el primero pondrá trabas al derecho de publicar los pensamientos; el segundo dará soltura á la pluma y á la imprenta, pero tratará con la mayor severidad á quien hubiere declarado pensamientos malos, esto es, contrarios á sus doctrinas ó su interés. De este modo pereció en la revolucion primera de Francia Camilo Desmoulins, sin valerle ha-

ber sido uno de los revolucionarios primeros y mas ardorosos, por haber publicado unos pocos renglones donde convidaba á usar de clemencia, y ridiculizaba á ciertos tiranos estúpidos prepotentes en aquellos dias, y murió en un suplicio, no condenado por delito cometido por la via de la imprenta, porque entonces no habia tasa al derecho de escribir é imprimir, sino porque con sus razones dadas á luz acreditó no pensar conforme exigia la nada sufrida condicion de los hombres que entonces mandaban. De este mismo modo, recien ocurrida en Francia la revolucion novisima, y aun hoy mismo, distan mucho los amantes de la monarquía de tener la libertad que para declarar y sustentar su opinion, tenian algunos años antes los republicanos, aunque no vayan ahora ante los tribunales á ser juzgados y condenados los *impresos*, contentándose las turbas ó sus caudillos con amenazar, amedrentar y, si preciso fuese, maltratar á los *escritores*. Las dictaduras de los gobiernos de órden tiranizarán un tanto y aun mas que lo razonable con providencias duras: las dictaduras de la clase opuesta, aunque algo de la misma especie hagan por sí, gustarán de ejercer una tiranía sin medida ni freno por el medio de los motines donde cam-

:

pea y sacia sus pasiones su «*pueblo soberano.*»

Ni está fuera de razon esta tiranía popular, asi como tampoco lo está la ejercida por la parte contraria. Ambas descubren que hay peligro en dejar á todas las opiniones dar muestra de sí; peligro de muerte para el gobierno ó poder dominante; peligro que nadie se abstiene de alejar por cualesquiera medios, por ser la primera necesidad, ó la mas fuerte y racional inclinacion asi en los gobiernos como en los individuos mirar por la propia existencia. Solamente los muy fuertes pueden con seguridad ser tolerantes. Y no importa que de esto se colija no ser muy fuertes los gobiernos que hoy resisten, pues ni se puede ni se pretende negar aqui su debilidad; ni hay ahora en las instituciones ó en los hombres cosa que tenga motivo de blasonar de robustez; ni por otro lado merecen ser citados como felices los que, doblándose á todo para vivir, no dejan por eso de ser combatidos; ni hay docilidad que no tenga término, sucediendo verse, los que mucho han cedido y á infinito se han doblegado, constreñidos al cabo á pelear y á usar de rigor despues de alcanzada la victoria.

Ahi está el grave mal de la situacion presente, mal, en sentir de quien esto escribe, irremediable,

ó cuyo remedio está muy lejano y envuelto en las tinieblas que cubren la region de lo futuro. Gobierno significa la representacion de la fuerza social que ampara, reprime y á veces dirige, siendo barrera contra la cual se estrellan las voluntades y los apetitos individuales cuando tiran á satisfacerse á costa del provecho ageno, y fuerza que pone en movimiento las demas del Estado. Esto son los gobiernos, llámense ó sean repúblicas ó monarquías; aristocracias, democracias ó mesocracias. Aunque en el nombre ó de hecho nazcan de la soberanía popular, y la reconozcan por fuente de su autoridad, y por potestad perenne bajo la cual viven; y aun cuando sean producto de la eleccion frecuentemente repetida y hecha por todos cuantos respiran en el Estado, una vez formados y puestos en su juego ordinario, dentro de la esfera legal mandan á nombre de las leyes, y, ejecutándolas, deben ser y son obedecidos. Su esencia es sujetar los mas á los menos, aunque estos obren á nombre de aquellos. Su encargo y principal obligacion es contener, refrenar y hasta escarmentar á quienes pretendan ó logren quebrantar las leyes en daño de la procomun ó de los particulares. Ahora, sin embargo, los gobernados se han hecho mas fuer-

tes que los gobernadores. Las leyes sirven de poco. La fuerza necesaria para llevarlas á ejecucion , para mantenerlas , para defenderlas contra el interés que mueve á infringirlas , está por demas debilitada. Campea y triunfa la audacia de los peores , tomando por instrumento la ceguedad y pasiones de las gentes á las cuales abanderiza. Lo mismo que se ha hecho contra la autoridad legitima y constitucional del ex-rey de los franceses , y que se hizo en España en 1836 contra las resultas de unas elecciones legalmente hechas , y se repitió en 1840 contra las córtes y la corona obrando constitucionalmente , acaba de hacerse en varios paises contra los reyes que últimamente les han dado ó han aceptado de ellos constituciones , y hasta contra la asamblea nacional de Francia , producto del voto universal y representacion de la soberania del pueblo. Al cabo todo se ha reducido á una lid , y , si la suerte aqui ha dado la victoria á la autoridad y alli se la ha negado , el hecho de haber habido sublevacion contra ella , no deja de ser cierto , y se vé que cediendo , ó adoptando formas de gobierno las mas populares , hay necesidad de apelar á las armas para conservar el mando quien le tiene ; y forzoso ha sido responder con las bocas de fuego ó la punta de las

espadas á los sediciosos, en vez de obedecer sus mandatos, considerándolos lo que sonaban ser, esto es, la voluntad del pueblo omnipotente. Pero aunque la sedicion haya sido vencida en algunos lugares, no por eso se dan por convencidos de haber obrado mal sus fautores; de modo que en Paris, como antes y ahora en las monarquías absolutas ó semi-absolutas, ó tachadas sin razon de serlo, existe un partido popular derrotado, sujeto y descontento. Segun el lenguaje de los vencedores republicanos de Francia, hay gran diferencia entre su victoria y la alcanzada por el rey Fernando de Nápoles; pero los sublevados franceses derrotados en Paris y Ruan, por haber perdido batallas, no se tienen en menos que los napolitanos sus compañeros en la desdicha y sus hermanos en fé, y tambien miran como estos á sus contrarios triunfantes como á injustos y perversos tiranos. No se pretende, con todo, qué así sea, pues afirmándolo se incurriría en la injusticia, aquí antes condenada, de medir con la misma medida todas las sublevaciones, y ademas faltan datos para saber hasta qué punto sustentaba su derecho al resistir el rey de Nápoles; pero si bien puede haber diferencia entre la conducta de este monarca y la del cuerpo que hoy rige

ó suena regir á Francia, esto mismo, siendo cierto, probaría que igualmente hay ahora rebelion contra la justicia que contra la injusticia, y contra los gobiernos republicanos que contra los reyes, viniendo á resultar ventilarse con la fuerza de las armas las cuestiones politicas entre los que mandan y los que, debiendo obedecer, no quieren ser mandados.

Ahora, pues, un gobierno con calidades de tal, y que, sin dejar de serlo, dé á los gobernados completa seguridad contra toda violencia, á riesgo evidente de que de ella abusen los trazadores de disturbios, alborotos y rebeliones; un gobierno bajo el cual haya libertad de hablar é imprimir para que los capitanes de los sediciosos llamen á sus secuaces al campo de batalla y les den instrucciones sobre el modo de seguir las hostilidades y de salir vencedores; un gobierno por su índole precisado á dejar abierta la palestra á los ambiciosos que, ó á sabiendas, ó conociendo mal su propia intencion, le hacen guerra, ó á los descontentadizos cuya imprudencia los lleva á desear en las cosas públicas una perfeccion inasequible, y que todos juntos producen males que no quieren hasta traer rebeliones y revoluciones contrarias á su interés como á su deseo; un gobierno de semejante naturaleza no se

mantendrá en pie en circunstancias como las en que vivimos, á no sostenerse por hondas y viejas raíces. Aun en el corto plazo de su angustiosa existencia tendria que faltar á sus doctrinas, que obrar contra sus propósitos; en suma, que ser, no lo que ser quisiere y debiere, sino muy otra cosa.

Porque conviene aclarar qué se entiende por un gobierno digno del título de monárquico-constitucional, segun el nombre puesto á cierto modelo, rara vez, aunque si alguna, realizado, y nunca tal cual se imagina; título que le cuadra con mas ó menos propiedad, pero, sentadas ciertas bases, con justo motivo. Bien pueden muchos gobiernos llamarse asi, sin venirles bien el nombre, pues no con nombrar á una cosa de cierto modo se logra hacerla lo que suena. Por gobierno monárquico-constitucional se da aquí á entender uno que, bien estribe en la clase alta, bien en la media, bien, si posible fuese, en la muchedumbre, deje al trono, y á quien le ocupa, un grado considerable de poder y decoro; á la potestad gubernativa la fuerza bastante para ser obedecida y aun respetada; á las leyes en todo su efecto y vigor; á la clase que prepondere, en el uso de su influencia legal; y á los ciudadanos ó súbditos, en el goce de los derechos que

les corresponden, pero sin poder bastante para abusar de ellos ó para excederse al usarlos. En una palabra, y sin pretender que al modelo figurado en la fantasía correspondiese cabalmente la realidad, por gobierno constitucional y monárquico entendemos lo que ha sido por largos años, y aun sigue siendo, el de Inglaterra, y lo que era últimamente el de Francia, con especialidad dos ó tres años antes de su acabamiento.

Otros gobiernos pueden usurpar el nombre de monárquico-constitucionales como usurpan el de republicanos algunos que son puramente revolucionarios, donde alternan en apoderarse del mando tribunos-dictadores, casi todos ellos militares. Cabe en lo posible que haya reyes á quienes su carácter ó circunstancias forzosas mantengan en un solio sin lustre, faltos, asi como de dignidad, de poder, blanco de insultos y tambien juguete de los bandos que despedazan el Estado, arrollados y pisados porque ceden siempre al empuje de la sedicion, y solo conservados por la dificultad de tronchar un cuerpo que no resiste, y asimismo por ser cómodo tener á mano semejante instrumento de la voluntad caprichosa de los sucesivos dominadores. Tal gobierno es peor que el de una república bien orde-

nada. Bajo el nombre de monarquía es anarquía. Su existencia, sobre venir acompañada de males, inquietudes y temores, es forzosamente breve. Inglaterra, durante la mayor parte del reinado de Carlos I; Francia, en el tiempo corrido desde 1789 hasta agosto de 1792, y España, en el periodo constitucional desde 1820 hasta 1825, han sido ejemplos de una situación como la que aquí ahora se pinta. Otros nos presenta la historia de estos nuestros días, y otros pueden recelarse donde todavía no se están viendo, y sintiendo, y llorando. En ellos gobierna la sedición triunfante ó el miedo á la que amenaza de continuo. Mandan las turbas, esto es, no lo general del pueblo, sino la parte de él que, puesta en cierto orden de guerra, sigue la voz, cumple los preceptos, y sirve al interés de sus caudillos. Los que aconsejan á los reyes ceder en todo caso, y los consuelan con la idea de que á ciertos pueblos no puede acomodar un gobierno con el título de república, si no van á engañarlos para perderlos, bien harían en considerar cuán poco segura, sobre ser indecorosa, es la situación de un príncipe humillado y escarnecido, y manejado como bestia uncida al carro de la revolución para tirar de él por trabajoso camino, criatura á la cual,

para completar la semejanza , se obliga á andar , ó descargándole ó levantándole el látigo y cargándola de injurias soeces. En tan mísero estado , ni hay el consuelo de lograr una prolongacion de la vida de rey á trueco de vivir entre trabajos y afrenta. Cuando Luis XVI se cubrió la cabeza con el gorro colorado en 20 de junio de 1792 , aunque en aquel mismo punto estaba acreditando admirable serenidad de espíritu , no solo se degradó , sino que se presentó como destinado al destronamiento y al suplicio que de allí á poco le cupieron en suerte. Y si del cadalso escaparen otros monarcas , y quizá por la mas suave condicion de la época presente salvaren su vida fisica , lo que es la moral ó su existencia de reyes la perderán , siendo la mejor fortuna que puede tocarles la del militar que en la guerra salva la vida perdiendo la honra y el empleo por su conducta cobarde en la hora del peligro ; fortuna que lleva consigo la pobreza y oscuridad , cuya amargura aumentan la ignominia y el remordimiento.

No obstante cuanto acaba de decirse en estos renglones , son en quien los escribe tan poca la confianza y tanta la franqueza , que no aconsejaria á los gobiernos resistir , poniéndoles á la vista el triunfo como consecuencia segura ó siquiera probable de

su firme proceder, sino al contrario, dándoles á temer un vencimiento fatal aunque honroso. Fuerza es confesar que ahora los gobiernos que resisten suelen caer, y que un próspero suceso en la resistencia no es nuncio cierto de igual ventura en lo futuro. Y por segurísimo debe tenerse que no hay victoria tan completa que liberte de entrar de nuevo en batalla, siendo tanto cuanto indispensable imposible reducir al vencido contrario hasta aniquilarle las fuerzas para que no vuelva á hacer de ellas un uso funesto.

Tiene el desórden á su disposicion dos instrumentos tanto mas temibles quanto mas flaco es el poder que combaten. El uso de la libertad de hablar en los cuerpos deliberantes, y el de publicar por la imprenta las opiniones no solo sobre doctrinas generales de política, sino sobre el manejo de los negocios y la conducta de los hombres que hacen papel en el mundo, acaban hoy con los gobiernos y aun amenazan disolver las sociedades. Pero á agentes tan poderosos de destruccion no hay modo de oponerles barrera suficiente á contrastar su furia. Harto conocen ya los hombres entendidos (1) el

(1) Nunca estará de mas citar á Luis Blanc por la importancia que tienen así él como sus obras. Este autor, pues, dice lo siguiente en su *Historia de diez años*, tom. IV, p. 315.

enorme maléfico poder de estas máquinas de guerra destructoras, cuyo juego tiene además el inconveniente de que casi nunca para. La pasión, sin embargo, en muchos, y la malicia en otros, y en no pocos cierta mala vergüenza, nacida á veces de no querer darse por engañados, llevan á negar un mal cuya índole está patente, y, al revés, abundan los que, no encontrando remedio al daño, prefieren, no ya meramente encubrirle, sino darle por un bien. Y, con todo, por bien puro y sin mezcla pocos reputan hoy la soltura dada á la palabra, particular-

«En tiempos de guerra civil y en medio del choque de los bandos la libertad absoluta de la imprenta es el principio del acabamiento de la fuerza, porque es el alimento de la anarquía.»

Aquí conviene advertir una cosa. Muchos de los republicanos al uso novel y todos los socialistas, entre los que, en sentir de quien esto escribe, con graves desvarios de sus doctrinas, hay algunos aciertos, como sucede en toda teoría, son los que hoy se llama *organizadores*, y el instinto de tales los lleva á condenar cuanto desordena los estados. En la Historia parlamentaria de la revolución de Francia por los señores Buchez (ex-presidente de la actual asamblea nacional de Francia) y Roux (sin duda pariente del famoso socialista) está condenada la idea de hablar de los derechos de los hombres, y dictado que solo se piense en sus obligaciones, abogándose por un gobierno fuerte, ó digase por una tiranía ó potestad absoluta en nombre de la igualdad y fraternidad, y para compeler á los hombres á ser iguales y hermanos, haciendo el gobierno de director de la hermandad y de padre.

La teórica republicana del citado Blanc se asemeja mucho á la que se acaba aquí de exponer.

mente á la comunicada por los impresos, medio que emplean con mas fruto los de menos valer moral en los Estados. Pasó ya el tiempo en que se creia que con poder decirse lo que se siente ó lo que no se siente, pero lo que conviene á quien lo dice, triunfan la verdad de la mentira, y la virtud del vicio. Asi sucedería si fuesen los hombres lo que no son: entes dotados de superior capacidad y ajenos de pasiones. Pero, siendo muy al contrario, en la discusion libre, sonando la voz de la calumnia como la de la verdad, y aun mas alto, y dándose con igual desahogo el mal consejo que el bueno, triunfan las mas perversas propensiones de la naturaleza humana en el ánimo de los lectores y oyentes. Es tan notoria la dura verdad que en estas desabridas páginas acaba de expresarse, que ya está lejano el dia en que se declaraba ser la imprenta libre semejante á la lanza fabulosa cuya rara virtud era curar las heridas que ella misma abria, estando manifiesto que, al revés, es un arma cruda y certera, de punta emponzoñada, manejada con fatal destreza por manos de alevosos y desalmados. Las reputaciones de los mejores perecen á los golpes que reciben: las sanas doctrinas caen desacreditadas, no pudiendo competir con las perniciosas. El poder popular exis-

te, y, como todo poder, solo da grato oído á la voz de la lisonja, y ni siquiera atiende á lo que le dicta su interés bien entendido cuando se le pone delante, prefiriendo escuchar y seguir la voz que adula y excita sus pasiones.

Inglaterra ha vivido siglo y medio con libertad de imprenta, y los Estados-Unidos anglo-americanos con la misma viven. Por fortuna de ambas en la primera tropezó esta libertad con una sociedad antigua y fuerte, y en los segundos con hábitos asimismo viejos y con una falta de gobierno que impide que se destruya lo que no existe. Tomando venenos desde su juventud hay criaturas que viven, cuando otros morirían con dosis mucho menores de las mismas malignas materias. Árboles seculares y cañas dóciles resisten al huracan que troncha y despedaza cuerpos menos robustos ó no tan flexibles. Hay mas, y es que los venenos suelen ser hasta provechosos. Donde la discusion libre es seguida delante de un poder fuerte, puede en vez de acabarle impedirle que abuse de su fuerza. Donde la costumbre rancia enseña á conocer el valor de los escritos ó discursos violentos, se estiman en su debido precio la calumnia infame y la delacion impertinente, y la revelacion importante y útil. A

gente de largo tiempo hecha á oír declamaciones y á llevar las cosas por las vías legales , rara vez predicán con fruto los que exhortan á sublevaciones. Pero en los pueblos del continente europeo la libertad de perorar é imprimir sobre cuestiones políticas y sobre los negocios públicos , ha sido causa de revolverse y subvertirse los Estados. Y esto no solo contra los gobiernos monárquicos dichos absolutos ; no contra los reyes apellidados constitucionales. No era rey la convencion nacional de Francia , y con exhortaciones habladas é impresas fué llevada la plebe de París á insultarla , á sitiaria , á sacarle de su seno para el patibulo á algunos de sus miembros de los superiores en renombre é influencia , en 31 de mayo y 2 de junio de 1793 , y en Praderial del año II de la república á invadir el recinto donde se congregaba , á intentar violentarla en sus resoluciones , y á dar muerte á un representante del pueblo donde estaba desempeñando su encargo. En Vendimiario del año III de la misma república , no la plebe , pero sí la clase media malcontenta y azuzada por oradores y escritores , fué á asaltar á la misma convencion y á disolverla ; y si desistió de su empresa , no fué por dar oídos á argumentos contrarios á los de quienes la traian armada

y en sedicion , sino porque recibió para rebatirla sendas descargas de metralla. Para poner de nuevo un trono , y no para derribarle, los contrarios al directorio republicano francés estuvieron á pique de acabar con él en 1797, habiéndole antes desconceptuado y debilitado con insultos y escarnios en periódicos y otros impresos , de forma que para salvarse hubo de emplear el brazo militar , de suprimir periódicos , y de proscribir oradores de la oposicion y escritores en número no poco crecido. Los escritos de los republicanos mas modernos contra Luis Felipe han armado mas de un brazo contra su persona, y causado contra su gobierno mas de una rebelion sangrienta. En España han caido ministros de los llamados progresistas asi como de los de la parcialidad contraria , y roto motines y sublevaciones , y encendidose guerras civiles , y aun variado de manos la potestad suprema , gracias al uso diestro pero nada escrupuloso ni loable que de la pluma hacian los del bando que á su vez estaba caido. Pero, aun cuando no se den tanto á conocer los efectos terribles causados por la palabra impresa ó dicha en los cuerpos deliberantes , y aun cuando no se la vea ser seguida de la sublevacion, no por eso obra con menos fuerza , aunque no tan

de súbitoni tan á la vista. Minase toda reputacion y piérdese todo concepto, y mas pronto el de las instituciones y personas que mas valen. Por el contrario cobran altísima fama y estima los sistemas y los hombres que menos merecen. De acabarse la reverencia á las leyes y á las potestades divina y humana, y á todo personage encumbrado por cualquiera linaje de merecimientos, se pasa á infundir odio á la sociedad tal cual existe. Porque con la costumbre de formarse la opinion por los escritos los autores de ciertas obras, y señaladamente los escritores de folletos y periódicos, han subido á la esfera de dogmatizadores y maestros, y, siendo el vulgo de lectores ignorante y apasionado, prevalecen en su concepto los peores escritos y los personajes de menos valer, y, formada una vez la opinion, ya nada se oye contra ella, ni siquiera tratándose de hechos en que es posible averiguar lo cierto; siendo tales en el hombre la ceguera y obstinacion, que á la verdad misma cierra los ojos y los oidos por no desengañarse de la mentira que se ha apoderado de su mente.

126 Pero siendo tales ahora los efectos de la discusion libre, tambien la imposibilidad de sofocarla debe ser evidente á los que no estén preocupa-

:

dos. Prescíndase de la idea que aun reina sobre sus ventajas. Hábitos é intereses la sustentan aun entre quienes conocen sus dañinas cualidades; hábitos é intereses; las dos cosas que mas poder tienen sobre el linaje humano. Cabalmente lo que la hace mas perjudicial le dá mas fuerza. En tiempos de sosiego tendria menos peligro; pero por lo mismo no haria tanta falta, y podria ser sofocada con alguna mas facilidad, si hacerlo pareciese indispensable ó conveniente. Hoy todos cuantos viven una vida activa, todos los que influyen en los ánimos se alimentan con la discusion de los negocios del Estado, la cual para unos es entretenimiento necesario ó pasto de su espíritu, y para otros basa de su renombre y poder, y arma ofensiva y defensiva con que conquistar altos puestos ó mantenerse en los ya ganados. Y todavía hay gentes de pensamientos levantados y de afectos generosos que ven en la libertad de pensar y de declarar lo que se piensa el uso de la facultad mas noble entre todas las de las criaturas racionales, y por esto la aprecian, la respetan, y mirarian con horror la idea de ponerle trabas, sin considerar que si pensando asi en algo aciertan, yerran por no mirar la cuestion por sus varios y muchos aspectos. Porque, si bien

lo reflexionasen, verian cuánto excede el abuso al buen uso al aprovecharse los hombres de la soltura que se dá á sus buenas y malas inclinaciones, y cuán poco favorece la prosperidad de los Estados ó promueve la dignidad del hombre la preponderancia de la mentira, y de las máximas destructoras de la moral, y de los abogados de la sedicion y destructores de las reputaciones mejor fundadas.

Sin duda el modelo ideal de una monarquía templada, donde los súbditos, sin dejar de serlo, son tambien lo que se apellida hombres libres, es hermoso en alto grado. Tambien lo es el de una república donde la virtud impera, y los mas virtuosos ocupan los lugares primeros. Igualmente lo es, aunque por otro lado, el no menos fantástico de un gobierno absoluto donde no envilece el obedecer, porque el señor supremo lleva el título de padre, y tiene las calidades de serlo del pueblo todo. De uno y otros puede haber, y ha habido en el mundo, si no con la perfeccion que se figura la fantasía, acercándose un tanto la realidad á la esperanza ó al deseo.

Pero lo fatal es que en nuestros dias, y hasta que largos trabajos é infortunios traigan consigo desengaños que á la muchedumbre solo pueden lle-

gar cuando venga delante la postracion hija de los males padecidos, todas estas imaginaciones de feliz ventura son sueños que distan de la triste verdad larguísimo trecho. Los gobiernos son cosa imperfectísima en todas épocas y naciones, y lo son mas ahora que en otro tiempo alguno, especialmente por las tentativas locas para perfeccionarlos que han llevado á hacerlos trizas y á descomponer los materiales con que podrian otra vez hacerse con indole y formas mas ó menos variadas.

No es un bien ciertamente que haya en los presentes momentos necesidad de escoger una entre dos clases de gobierno con mucho de despótico ambas, si bien con distintos nombres. No es un bien, y si un mal, y grave, porque hasta sucede que su poder absoluto ha de ser ejercido con violencia, no teniendo los que vivimos siquiera el consuelo de poder estar bajo el mando de quienes, aun sujetándose poco ó nada á trabas legales, llevan adelante las cosas con blandura y arreglo, y rigen el Estado en paz y justicia completas, porque no tienen que vencer resistencias ni que correr peligros.

Pero considérese cuál es la naturaleza de estos dos males, á uno de los cuales será forzoso sujetarse para ver cuál de ellos es el menor; si bien por

desgracia viene á ser lo mas probable que el del triunfo de la revolucion sea el que sobre nosotros caiga sin haber medio de estorbar su venida.

El despotismo de los gobiernos ó del poder que antes lo era (si de despotismo ha de calificársele) será el de las clases altas é ilustradas, en las cuales hay tambien graves faltas juntas con sus buenas calidades. Del carácter de tiránico adolecerá de seguro en las actuales circunstancias. Protegerá la propiedad, y mantendrá el sosiego público, ó contendrá y castigará á quienes le turben, y dará este y otros bienes á costa de males no pocos ni ligeros. Impedirá un tanto los adelantamientos de la sociedad, no por deseo de hacerlo, sino por temor de dar entrada á la destruccion al abrir camino á las mejoras. Será duro en sus hechos, pero mas todavía en sus doctrinas.

El despotismo de la revolucion tendrá otra muy diferente forma, pero en sus efectos vendrá á parecerse al primero, diferenciándose de él en obrar con mas violencia y menos persistencia. Ejerceranle las clases ínfimas de la sociedad, dirigidas por sus capataces, los cuales no serán por mucho tiempo unas mismas personas, y ya se verán ciega é impetuosamente obedecidos, ya tendrán que doblarse

al capricho de quienes los sigan. Proclamando máximas de libertad tolerará poca oposición. Su tiranía será mas sentida por los altos que por los bajos, aunque en sus consecuencias pesará sobre todos igualmente. Mientras durare estará el público sosiego poco seguro, porque en el desórden es donde este despotismo obra con mas efecto. A la ilustracion y á los progresos del linaje humano será funestísimo, y eso que aparentará serles favorable y aun lo deseará, pero tomará por progresos los desvarios, y por mejoras las novedades ó las antiguallas renovadas que se dan por cosas nuevas, y violentará á los hombres y á las cosas para empujarlas por sendas que se desvian del recto camino en vez de adelantar ó que van á mal paradero; á lo cual se agrega que en su ceguedad se enfurecerá contra quienes le hagan oposicion mas ó menos templada, por considerarlos no solo descaminados, sino perversos, aun cuando procedan con acierto é intencion sana. Establecido este despotismo, reinará el terror en la clase mas escogida de la sociedad, ó digase en la antes elevada, y alternarán con el terror la burla y el desprecio á los mismos dominadores. Porque en la clase elevada de que se habla aquí ahora, se incluye á los de noble cuna, á los ricos, á los señalados por

servicios al Estado en varias carreras, ó por descollar en las letras ó ciencias; en suma, á todo cuanto es superior por diversos títulos, y á todo lo que tendrá hollado la dominacion de la plebe. Que esta sea consecuencia forzosa de las doctrinas verdaderamente democráticas puestas en práctica sin separarse mucho de la teórica, es fácil de conocer. Si ha de mandar el mayor número de los que componen un pueblo, y no la porcion de él mas escogida, como los ignorantes exceden mucho á los entendidos, fuerza es que triunfen las preocupaciones y los errores, y que reine la violencia que debe seguirse de situacion semejante.

Hé ahí por qué la victoria del despotismo revolucionario, victoria demasiado probable, por desdicha, será fatal sobremanera. Los que teniamos fé en los progresos de la edad presente, los que, aun sin esperanza de ver al linaje humano arribar á un grado considerable de perfeccion, todavía confiábamos en que iría mejorando de dia en dia y no poco, hoy tenemos que despedirnos de muchos pensamientos halagüeños que los sucesos vienen á acreditar de ilusiones. Varias de las ideas en esta hora dominantes en la ilustradísima Francia son los desechos de 1793, sacados otra vez á uso, y si faltos de la

indole sanguinaria que entonces tenian, despojados por otra parte de cuanto los hacia en algo disculpables y les daba cierta grandeza feroz: la inexperiencia general, la resistencia hecha á las mudanzas por los interesados en los abusos antiguos, ser invadida Francia por numerosos ejércitos extranjeros venidos acaso á desmembrarla y de cierto á humillarla, y con tantos peligros, esfuerzos de gigantes y señaladas y hasta increíbles victorias. Tambien con estas vejeces vienen doctrinas que tienen bastante novedad, pero con trazas de delirios, y lo que en ellas aparecia tal antes de ponerlas á prueba va resultando serlo segun van empezando á ensayarse.

Entre las vejeces remozadas á que acaba de hacerse aquí alusion, merece muy principal lugar la de proclamar *en abstracto* la fraternidad y la igualdad como basas sobre que ha de labrarse el edificio de la sociedad francesa, y la constitucion y la dicha de los pueblos todos. Parece que está ya olvidada la historia moderna; la de los dias en que han vivido algunos de los que en el presente todavía existen. Pocos años ha que fué la fraternidad proclamada en Francia, y de un modo mas obligatorio que ahora, pues venia acompañada de amenaza de muerte á quien no la profesase ó quisiese, amenaza

no vana en aquellas horas, sino al revés, diariamente convertida en hecho, de donde vino al agudísimo escritor *Champfort*, antes de la secta revolucionaria, y convertido á otras doctrinas por los horrores de que era testigo, la ocurrencia de traducir el precepto de *fraternidad ó muerte* en la frase *sé mi hermano ó si no te mato «sois mon frère ou je te tue.»* El mismo ingenioso autor comparó á los noveles hermanos que tanto porfiaban en serlo, y que sin embargo no andaban cortos en verter la sangre fraternal á los hermanos Caín y Abel. «*La fraternité de ces gens la est comme celle de Caïn et d'Abel.*» Hermanos verdaderos eran en efecto estos hijos de nuestro primer padre, y hermanos ideó la fábula á Eteocles y Polinice, y la historia nos cuenta de hermanos como, entre otros, nuestro D. Pedro de Castilla, el maestre D. Fadrique, y D. Enrique de Trastámara, y en mas oscura esfera no han faltado fratricidas, y sin llegar hasta el fratricidio, hermanos hay que se odian y perjudican gravemente y otros á quienes mueve el interés, si ya no á aborrecerse, á entrar en disputas ruines y en pleitos; por todo lo cual se ve que si entre hermanos naturales y cortos en número no siempre hay ternura fraternal, ha de ser difícil encontrarla entre

hermanos figurados y muy numerosos (1). Antes que la república francesa, la religion cristiana habia declarado hermanos á los hombres todos sin lograr desterrar de unos á otros las malas pasiones y los no mejores hechos, de suerte que en campaña ejércitos de hermanos se hacian pedazos por disposicion

(1) Hoy mismo en la misma Francia están viéndose notables ejemplos de hermanos que se tratan unos á otros nada fraternalmente. Hermanos de Paris, de Ruan, de Limoges han usado las balas y espadas para mostrarse sus afectos. Esto sin contar los delitos comunes de hermano á hermano que alli debe de seguir habiendo, pues no hay noticia de que despues de proclamada la fraternidad haya cesado la entrada en las cárceles de verdaderos delincuentes.

En nuestra España no es idea nueva la de la fraternidad, sin que de ella se haya sacado mucho provecho. Hermanos se llamaban entre si los frailes, y hermanas se llaman las monjas (pues no otra cosa quiere decir *fray* y *sor* que *frater* y *soror* abreviados), y no se cuentan maravillas en cuanto á reinar la paz y concordia en los conventos. ¿Qué mas? Hermano se llama al mendigo al despedirle con un *Dios le ampare ó perdone V. por Dios*, sin que el recordarle el parentesco le haga mas grata la negativa de la limosna solicitada.

Escritos estaban los renglones que anteceden cuando ha llegado la noticia de los extremos de rigor que acaban de usar unos con otros los hermanos de Paris, Marsella y varios lugares mas en Francia. Por supuesto sigue la fraternidad escrita en las banderas de los combatientes.

Al famoso rey Federico II de Prusia, tirano monarca, es verdad, y no tirano republicano, pero filósofo moderno, pintó Voltaire que le conocia bien como

Ecrasant les humains et les nommant ses frères.

Destruyendo á los hombres y llamándolos hermanos.

¿No podría aplicarse esta calificacion al gobierno actual de Francia, y tambien á los que contra él se rebelan para aniquilarle?

de reyes ó supremos magistrados hermanos entre si igualmente, y hermanos ladrones salteaban en los caminos á hermanos viajeros, y despojaban de lo suyo con violencia ó arte en las casas á hermanos acomodados, y hermanos asesinos se bañaban en la sangre de hermanos victimas, y hermanos adúlteros y estupradores ofendian en la honra y lastimaban en sus mas tiernos afectos á infelices esposos y padres hermanos suyos, y hasta un hermano verdugo, por un mezquino estipendio quitaba la vida á hermanos delincuentes, pero que ningun daño le habian hecho; en suma, de hermanos á hermanos, siéndolo los hombres todos, y los cristianos muy particularmente, eran todos los odios, todas las injusticias, todos los delitos hasta los mas atroces. Y eso que el evangelio con su moral sublime, con la sancion que la acompaña, con el código de penas y recompensas de la misma religion tan dulce y tan severo, lleno de promesas tan magnificas y de amenazas tan tremendas, conquistando el mundo, y defendiendo con tan buen suceso sus conquistas, tenia en tiempos de fé, y aun hoy en un periodo de incredulidad ó tibieza, conserva un poder sobre las almas, que mal pueden prometerse los proclamadores de la fraternidad novel ó renovada. Con au-

toridad y fuerza muy inferiores á las de la religion cristiana, pero superiores á la que lleva consigo una ley, y creando mas estrecha union entre los suyos que la que puede existir entre los individuos de un estado populoso, han intentado algunas sectas, y señaladamente una famosa sociedad secreta, establecer la fraternidad entre quienes la componen; pero, no obstante el celo propio de los sectarios, ni aun en los mejores dias de su fé en los vínculos que los ligaban, ó de las conjuraciones de que eran participantes lograron *los hermanos facticios* mirarse unos á otros como deben ó aun como suelen entre sí los hijos de unos mismos padres. ¡Y pretenden ahora los franceses hacerse un pueblo de hermanos! ¡Y dan como novedad esta idea desvariada! ¡Y ni la experiencia antigua, ni la novísima los retraen de persistir en su tema! ¡Y ponen la fraternidad por basa de su nuevo proyecto de constitucion, digno, dicho sea de paso, de ser tratado como propio de una época ya pasada y desconceptuada, y no de dias en que, adelantada la ciencia política, se sabe cuán poco valor tienen máximas abstractas y en rigor no ciertas del todo para fundar en ellas los gobiernos! ¡Y esto cuando desde que son hermanos los franceses se están haciendo

entre sí cruda guerra, sin que la sangre derramada sirva de otra cosa que de acrecentar el ódio entre los contrarios bandos! Pueriles son en verdad los argumentos que aquí se van usando para refutar ó para ridiculizar tales ideas, pero mas pueriles todavía son ellas, pareciendo imposible que haya hoy quien con seriedad las declare, ó con sinceridad las abrigue en su mente. Nada, empero, hay que extrañar del pueblo francés, el cual hermana las cosas mas grandes con las mas pequeñas y las mejores con las peores calidades, siendo sin igual por lo agudo y lo ilustrado, así como por lo valeroso y teniendo las faltas de mudable, ligero y aficionado á aspavientos y demostraciones teatrales que caracterizan á los niños y tambien á los salvajes, cuando de estos últimos dista cuanto distar cabe en sus modales, si bien no en lo sanguinario; pueblo digno de admiracion sin limites y de censura no menos ilimitada, del cual han venido y vienen al mundo todo bienes y males sin cuento. De seguro la idea de declarar la fraternidad existente entre todos cuantos componen el Estado y de ponerla por una de las piedras fundamentales de la constitucion no habría ocurrido á los demócratas anglo-americanos á pesar de su piedad religiosa.

La igualdad es cosa por que ha años que está suspirando el pueblo francés, el cual, cansado de los privilegios y de los excesos de su nobleza, grandes allí todavía en 1789, se alzó mas por satisfacer el odio, la envidia y tambien las justas pretensiones de las diversas partes componentes del estado llano que por ser libre. Desde entonces los franceses han estado temiendo perder su preciada igualdad, y dándose por ufanos de haberla establecido, y al mismo tiempo juzgando con visible contradiccion que aun no tenian de ella bastante, como si al haber logrado el bien apetecido, no hallándole tan grato y sustancioso como la imaginacion le suponía, se quisiese achacar lo que faltaba en el placer de gozarle á no haber tomado aun la dosis suficiente, y se estuviese buscando medios de aumentarla y llevarla á lo sumo, para que el deleite fuese completo.

Sin duda es grave mal y digno de reparar que confiera privilegios ser de ilustre alcurnia á punto de cerrar ó entorpecer las carreras de honra y provecho á las clases medias, en las cuales abundan los hombres de talento y saber, y aun á los que en las infimas son capaces de elevarse y sobresalir por su mérito eminente. Pero hay enorme dis-

tancia entre facilitar á todos que suban si algo valen y pueden , y cortar las alas para que nadie vuele muy alto , ó , lo que es lo mismo , quejarse de ver á algunos puestos en considerable altura , y pedir á ello remedio , el cual solo se encuentra señalando un lugar arriba de donde no sea lícito remontar el vuelo ; locura y mal que se intenta y no se consigue , causando graves daños solo el intento de conseguirlo.

La igualdad, como era reinando Napoleon, creaba reyes, príncipes, duques, barones, exigiendo mérito y merecimientos para llegar á los tronos, principados y demas altas dignidades.

La igualdad, hoy preconizada, quiere que nadie se distinga, ó á lo menos que nadie sea premiado con distinciones ganadas por su valor y servicios.

Y aun mas pretende, sin atreverse á decirlo, porque aspira al imposible de dejar en igual condicion ó poco menos á todos cuantos componen la sociedad ó el Estado.

No sin acierto, mezclado con yerro, algunos amantes de la igualdad se han quejado de que la dada á los franceses hasta febrero de 1848 ha sido en gran parte ilusoria. ¿Qué significa (clamaban)

igualdad de derechos, faltando igualdad de medios para sacar de ellos partido? Necesario es buscar y dar otra igualdad menos aparente ó vana; una digna del nombre que lleva.

Verdad es que de la igualdad, tal cual era en Francia ó cual es en los Estados Unidos de América, solo sacan provecho los que se elevan, y estos son los menos, y decir que estos suben, implica que otros se quedan bajos como estaban. Pero piénsese qué sería la igualdad tal cual la apetecen sus adoradores.

La igualdad en la hacienda sería universal pobreza, la igualdad en el saber general ignorancia ó poco menos, y hasta la igualdad en la honradez, tomando el término medio por modelo y no la del mayor número, no pasaría de ser carencia de maldad con bastante de egoismo, excluyendo los rasgos heróicos y altos pensamientos peculiares de las almas escogidas. Quien quisiese nivelar la superficie de la yerba de los campos, como no podría hacer crecer los tallos mas pequeños, á la altura de estos tendría que cortarlos todos, y ni aun á los medianos podría respetar su guadaña.

Ocioso es repetir, con miles que lo han dicho,

que la desigualdad es obra de la naturaleza, empezando con las criaturas al nacer, y siguiéndolas en el estado social, y hasta en el salvaje, si bien tomando en este y aquel diversas formas, y obrando de diferente modo, de suerte que parece que nace, cuando solo perpetuándose se altera, y la natural de la fuerza se muda en otras de distinta clase.

Lo que importa es considerar cuán contraria es la doctrina de la igualdad absoluta á los adelantamientos del linaje humano. Con sumo ingenio un eminente escritor inglés de nuestros dias (1) ha notado el modo con que la desigualdad contribuye á elevar á los hombres, y á mejorar las sociedades, diciendo que en el nivel general siempre sobresalen algunos, y conviene que sobresalgan; que de resultas va subiendo la generalidad hasta igualarse con los que descuellan; que en seguida se elevan otros sobre la nueva y mas alta superficie, y que

(1) Sir Eduardo Lytton Bulwer (hermano del que ha sido ministro plenipotenciario de Inglaterra en Madrid), autor de novelas con razon estimadas y de otras obras, trae esta comparacion ó ilustracion en su singular novela intitulada *Zanoni*, donde una ficcion desvariada sirve de dar margen á consideraciones filosóficas de alto precio; produccion cuya rareza está compensada por primores de ingenio y pensamientos nuevos y profundos.

repitiéndose el movimiento hasta ponerse todos á la par con estos últimos, va el género humano ganando en altura así en ciencia como en costumbres.

Baste lo dicho en cuanto á la fraternidad é igualdad, ídolos engañosos y principales de los flamantes políticos franceses, á quienes tratan de remedar no pocos de los mas inquietos en otras naciones. Nada ó poco se añadirá aquí sobre otras antiguallas traídas ahora á uso. La novel convencion nacional de Francia (pues eso viene á ser la llamada asamblea) es hija del voto universal, y reciben paga los que la componen. En una palabra, en ella vienen reproducidos los congresos soberanos de la revolucion pasada. Dicen que el recién formado cuerpo no ha dado todo el fruto que se prometian los alborotadores ó las personas de ideas extremadas, y que temian los hombres de juicio. Bien se vé que entre sus miembros hay personajes de mérito y nota, pero adviértase cuán poco peso tienen en las deliberaciones y resoluciones. La asamblea en vez de representar la propiedad, que es signo de independenciam y tambien de saber, y en lugar de ser espejo de la sociedad francesa actual, representa, para decirlo del modo mas favorable, el movimiento filo-

sòfico-científico-literario-político de la ilustracion francesa en la parte especulativa. Es, pues, su esencia, y son sus trabajos un volver al estado antiguo ó revolucionario de una representacion nacional divorciada de los intereses sociales. De creer es que resulte convertirse, ya en un campo de batalla, donde los revolucionarios se disputen el predominio, ya en una academia donde con bastante pedantería se sustenten tésis filosófico-políticas, dando de sí la discusion frutos ó amargos ó vanos. El tiempo dirá, aunque ya bien claro aparece á quien lo mira con ojos no enturbiados por la pasion, si este renovarse de 1789 dará á Francia cuerpos deliberantes como los que desde 1814 hasta el año presente acomodaron en cierto modo á la sociedad, al gobierno y al pueblo del pais nuestro vecino las prácticas de la Gran Bretaña con visible ventaja para la direccion de los negocios.

Entre tanto, resucitada toda la añeja doctrina revolucionaria, ha seguido en el pueblo que la oye predicar y promulgar como santa y como norma del gobierno la práctica á la teórica. Del modo mismo que la convencion vió en los ya aqui citados dias de mayo y junio de 1795, de germinal y praderial del año II y de vendimiario del III republi-

cano, la asamblea ha visto al pueblo amotinado insultarla, entrar á fuerza en su recinto y tomar parte en sus deliberaciones, violentando á los diputados y dando á su nombre resoluciones que solo han sido nulas por haber salido vencidos los que las habian dictado. Y, así como entonces, los sediciosos, una vez derrotados, vuelven á la pelea ó no desisten de su empeño de renovarla. Y tras de vencer la rebelion, se hace necesario castigar á sus fautores, ó conformarse á que se repita. Y con los castigos se desmiente la máxima engañosamente elevada á ley, que prohíbe castigar con pena de la vida los delitos políticos, pues si no se envia á suplicios á los rebeldes despues de encarcelarlos, en la pelea misma ó recién concluida se les dá muerte. ¡Raro adelantar en la carrera de la civilizacion volver al uso de la fuerza para la agresion y para la defensa, y sustituir la suerte de las lides á las votaciones, precediendo á las resoluciones los golpes en vez de los discursos!

Verdad es que á estas cosas antiguas renovadas hay intencion, como va aqui dicho, de agregar otras de todo punto nuevas, que es lo llamado por los innovadores *organizacion* ó digase nuevo orden y arreglo del trabajo. Todo ello, empero, viene al

cabo á reducirse en que se convierta el Estado en constructor ó fabricante pagando jornaleros con el producto de las contribuciones, lo cual equivale á sustentar á los pobres con la sustancia de otros pobres, y con hacer pobres á los ricos. Nada nuevo tiene este pensamiento, y por perjudicial estaba desechado. Claro está que, trabajando por su cuenta el Estado, ó logra sacar productos tan buenos y baratos cuanto lo son los de las empresas particulares, ó no, y que en el primer caso, arruinando á los empresarios de cualquiera trabajo, mas daña que aprovecha á la procomun, y con ella á un número crecido de pobres jornaleros, al paso que en el segundo malgasta el fruto del sudor de los contribuyentes. Y si el trabajo por cuenta del gobierno es en obras de lujo y gusto, vendrá á resultar, aun confesando, como aquí se confiesa, que algo debe invertirse en fábricas que promuevan la cultura de los pueblos, que hizo bien Luis XIV gastando enormes sumas en hacer el palacio y los jardines de Versalles, en vez de derrochar, por lo cual se le vituperaba, pues al fin el costo de aquellas obras en pagar jornales consistía.

Lo cierto viene á ser que con estas nuevas revueltas y las ideas que las han producido canoni-

zadas todavía, aunque ya no con la mayor sinceridad, corre la sangre á mares, merma la riqueza, padecen ricos y pobres, y en una palabra, triunfa el desórden en los espíritus y en los hechos. Malos progresos son estos, de seguro.

Y el daño mas grave que de aquí resulta, es que, haciéndose retrógrada la revolucion, obliga á serlo igualmente á los gobiernos que la combaten. Como los agresores han escogido el campo de batalla en un punto muy atrás del á que se habia llegado en el camino de la perfeccion, fuerza es retroceder hasta allí para empeñar y seguir la pelea.

Sin duda ¡doloroso es pensarlo y aun tener que repetirlo! el poder de los gobiernos donde triunfe del de la revolucion por fuerza habrá de ser ejercido severa y hasta un tanto desmandadamente, como que se vive y obra en horas de peligro, de miedo y de ira. Hé aquí otro daño de las revoluciones, que, si triunfan, son crueles, y, cayendo vencidas, causan crueldad en los contrarios vencedores.

La cuestion, pues, sobre lo que ahora se debe temer ó desear versa sobre una comparacion de probabilidades y un cotejo de los males que deben resultar de proceder de uno ó de otro modo.

A quien esto escribe, sin ocultársele que de la

victoria de los gobiernos enfurecidos por la resistencia que se les ha hecho y sigue haciendo, ensoberbecidos por el triunfo y agitados por el temor de ver renovada la agresion que han rechazado, pueden y deben seguirse funestas consecuencias, todavía parecen mayores, y, sobre todo, de peores resultas, los daños que la revolucion victoriosa trae consigo. Esto en cuanto á lo que debe desearse.

Pasando de aquí á lo que mas debe temerse, dirá con dolor amargo, pero sin disimulo, que, atendiendo á la situacion del mundo, á la sobra de medios que para satisfacerse tiene la ambicion desatada, á la escasez de los recursos con que cuentan los gobernadores, incluyendo en la falta que de estos recursos se padece la del respeto y obediencia en los súbditos, y á la corrupcion de las costumbres, mas probable es la victoria de la revolucion que su vencimiento.

Pero como dista algo lo probable de lo seguro, bien será considerar qué toca hacer á los poderes amenazados.

Hay quien les aconseje que se salven cediendo á las pretensiones populares, entendiendo por populares las revolucionarias. Para persuadir de lo sano

de este consejo es costumbre hacer presente que solo caen los gobiernos que resisten.

Esto último es cierto, y en la hora presente suele parar la resistencia en derrota y acabamiento en casi todos los casos. La razon de ello es muy sencilla y obvia. Solo puede caer quien se mantiene en pie defendiéndose, y no quien se echa á tierra. En verdad, las plazas tomadas por asalto son las que resisten un sitio, peligro del cual se libertan las que de buena gana se ponen á merced de quien amenaza expugnarlas. Lo digno de averiguar y de resolver es si falta toda esperanza de salvarse, caso en el cual es, sobre fatal, inútil exponerse á los rigores del asalto, y sujetarse á los males y trabajos del asedio.

Cabalmente la razon en que se funda la resistencia de una fortaleza es que, alargándose el sitio, y pudiendo ser socorrida y salvada, tal vez de su resistir saldrá tomar la guerra una vuelta favorable á la causa sustentada por los sitiados. De igual manera resistiendo un gobierno á la poderosa fuerza que hoy á todos los combate, si bien se pone á gran peligro de caer con estrago, por otra parte puede tener esperanza de que, pasada la mala hora presente, reciba socorro del buen juicio de la pobla-

cion entera y de las gentes, no muy cortas en número y, sí, altas en valer, si aciertan á aprovechar el que tienen, cuyo interés es impedir la ruina de los Estados y de la fábrica de la sociedad europea.

El autor de estos breves renglones no osa siquiera soltar una expresion donde aconseje exponerse á ser vencidos defendiéndose ó, al revés, ponerse á merced del enemigo. Poco teme por sí, apartado ya del teatro político: poco valor da á su opinion, pero, con todo eso, sentiria verse reconvenido por haber con sus expresiones, aunque de liviano peso, exhortado, sin correr él peligro de daño ó ignominia, ó á resoluciones firmes, pero temerarias, de donde pueden venir males á objetos del precio mas subido, ó á cobardes condescendencias no menos funestas y mas vergonzosas. Una cosa sí, dirá, y es que, abrazado el partido de ceder á las pretensiones revolucionarias, mal se ve el límite donde ha de hacerse punto en la condescendencia, y que, sin embargo, este punto no visto en alguna parte ha de estar, y á él habrá de llegarse, y en él será forzoso pararse y dar batalla. Desvario es pensar que alcancen á satisfacer á la revolucion agresora las mayores y mas repetidas concesiones. La fuerza que hoy inquieta y mueve al mundo no quiere

ni puede estar ociosa. La monarquía constitucional con un gobierno fuerte no es lo que cuadra á los aprobadores de la última revolucion de Francia, y esos son los que ahora, si en todas partes no predominan, casi donde quiera preponderan, y, si no tanto, tienen poder, resolucion y voluntad para aspirar á la preponderancia y por ella al predominio. Sepan los gobiernos dispuestos á ceder que por último ha de exigirseles que mueran, esto es, que renuncien. Si á tanto se prestan, nada hay que decir de su peligro, siendo imposible matar á los muertos. Entonces la tarea de seguir cediendo, y la de resistir alguna vez, que mas tarde ó mas temprano ha de llegar, será de sus herederos ó sucesores.

Vana confianza es la de quien se promete vivir con el poder revolucionario en pie de amigo. No: este no consiente iguales ni se presta á particiones. Todo lo quiere para si, y para otro cualquiera poder una dependencia afrentosa que equivalga y preceda á su aniquilamiento.

Volviendo, pues, á la tésis en este escrito sustentada, y dando por supuesto que en el estado actual de Europa solo es posible ó el poder arbitrario de la revolucion, ó el de los gobiernos, veamos

cuáles serán las obligaciones de estos últimos si alcanzan victoria en la contienda pendiente.

Porque de las del poder revolucionario no hay para qué hablar. Tan fácil sería señalárselas como dictar leyes al curso de las aguas en las furiosas avenidas. No porque vengan sin mezcla de bienes aun los males que la dominacion revolucionaria trae consigo. Pero los mismos bienes que la acompañen serán, sobre escasos y compensados superabundantemente con males, transitorios y desarreglados, si ya no se cuenta entre ellos los desengaños que las desdichas produzcan, los cuales serán pocos y servirán de pobre consuelo, siendo sabido el corto efecto del escarmiento en cabeza ajena y aun en la propia.

Otro es el caso de los gobiernos que representan la causa del orden y llevan la voz y sustentan el interés de la clase ilustrada é independiente de las sociedades; interés, téngase entendido, que lo es de las mismas clases inferiores y aun de las ínfimas, no siendo lo que en grado superior halaga nuestras pasiones lo que mas nos aprovecha, ni conviniendo á los ignorantes y menesterosos que se dé rienda suelta á sus locos apetitos ó á su ardiente deseo de satisfacer sus graves y urgentísimas ne-

cesidades, porque al tirar á la satisfaccion de aquellos ó aun de estas obrarian en daño comun y en el suyo propio, sin lograr el objeto de su anhelo, no de otro modo que perjudicaría al niño ó al mozo de pocos años y ninguna experiencia libertarle del yugo de un tutor entendido y honrado, y entregarle el manejo de su propia hacienda, y la direccion de sus acciones y fortuna.

Porque entendidos y honrados tienen que ser ahora los tutores de los pueblos, y, si les falta la una ó la otra calidad, la emancipacion violenta de sus pupilos será segura y pronta. Delirio sería figurarse que en la época presente gobierno alguno, por absoluto que se titule, y por libre que esté de trabas visibles en el uso de sus facultades, pueda ejercer un despotismo desconcertado, ó, digase, un despotismo verdadero. Delirio sería, y tan funesto á él mismo induciéndole á grave error en punto á la naturaleza y extension de su poder, cuanto podría serlo á sus súbditos ó á los extraños, llevándolos á temer ó condenar su tiranía y á apelar al desorden y á la tiranía revolucionaria para oponerle una barrera.

En todos tiempos han tenido los gobiernos que atenerse y acomodarse á la opinion pública, y quien

la ha desatendido ha pagado la pena de su yerro en sí, ó en su heredero inmediato. Hoy la opinion pública es infinitamente mas poderosa que era antes, porque en los negocios del Estado piensan y entienden todos de un modo mas ó menos directo.

Porque tanto cuanto debe condenarse que sean llevados los pueblos por la opinion facticia creada por frenéticos ó malvados tribunos, ó por ambiciosos inquietos de corto valer, que con la pluma, ó con declamaciones habladas, ó con otras malas artes, logran ejercer una influencia predominante, tanto merece respeto y deferencia otra clase de opinion mas callada, pero, á quien observa bien las cosas no menos perceptible. De esta última dice en hermosas y bien pensadas frases el insigne Jovellanos, contraponiéndola al necio y furibundo clamor popular, « que se forma siempre por el juicio desinteresado de los hombres de bien, y que no se guía por los susurros de la calumnia, ni por los artificios de la envidia, ni se deja alucinar por las groseras ilusiones de la ignorante muchedumbre.»

La opinion á que acaba de hacerse aquí referencia y la otra que lleva nombre de tal como exclusivamente, y cuyo influjo hoy inquieta, revuelve y

domina á los pueblos van con mas frecuencia disociadas que acordes. Esta segunda causa y mantiene el descontento, combate y derriba los gobiernos, tizna y destruye las mejor fundadas reputaciones, y encumbra á los perversos ó locos, y con todo esto manda, ó poco menos, ahora en la desventurada Europa, á la cual su cultura ha dado prosperidad, y hoy dia por medio de quienes de la misma cultura abusan se la está quitando. Aquella otra opinion gime de estas desdichas, reprueba en secreto ó á media voz los yerros aun de los mismos que, abrazada la causa del orden, le son perjudiciales desconceptuándola con sus faltas ó con sus culpas, no es parcial declarada de forma alguna de gobierno, pero quiere que se gobierne bien, y miraría con disgusto mudanzas locas, aunque aprobaría las hechas con cordura, aprueba no pocas reformas, y aun de las hechas con menos juicio condenaría la enmienda violenta é imprudente, vé con dolor servida la mejor causa con desatino, cuando así sucede; y si, por lo poco alborotada, y aun por adolecer de falta de brios, no sirve para mucho en la hora de la pelea, robustece para sustentar la lid á aquellos á quienes apadrina, y robustecerá á un gobierno firme y justo dándole un apoyo, no de grande

importancia en el momento de usarse de la violencia, pero de alto valor en la carrera ordinaria de los negocios y de los sucesos.

Esta opinion no puede ser verdaderamente retrógrada. Los que la forman hijos son del siglo en que viven, y participan de los pensamientos, de los afectos, de los aciertos y hasta de los errores dominantes. Teniendo al frente y opuesto en la revolucion á un rival poderoso, mal pueden descuidarse aprobando ó dejando de reprobear severamente cosas que la razon y la justicia condenen ó que la ilustracion desacredite.

Gobiernos como el de Luis XV de Francia, privanzas como la del principe de la Paz en España, cortesanos corrompidos é ignorantes derrochando la hacienda pública son hoy ó imposibles, ó cosas cuya existencia por fuerza ha de ser muy breve.

Cuando triunfaron en gran parte de Europa las sectas de Lutero y Calvino, los que profesaban la fé católica, aun siendo firmes en oponerse á los novadores, dejaron de ser lo que antes eran. Papas como el disoluto Alejandro VI ó el violento y belicoso Julio II, ó Leon X., desmesuradamente voluptuoso, aun siendo munífico protector de las artes y letras, no los ha habido ni puede haberlos, es-

tando los protestantes al frente de los católicos en calidad de sus contrarios y censores.

Como volver con violencia atrás causa perturbacion en los negocios, en los intereses, y aun en el estado de la sociedad, la sana opinion pública debe oponerse, y es seguro que se opondría á actos de retroceso que tuviesen la indole y consecuencias de revoluciones.

Que las leyes sean respetadas en todos los casos ordinarios, y que en los extraordinarios tocantes á la salvacion pública, cuando hayan de callar las leyes ó sea legal el uso del poder arbitrario, gobierno y dicte las resoluciones la equidad es necesario asimismo. Se equivocan los que suponen incompatible el respeto á las leyes y su observancia con la calidad de los gobiernos donde no hay oposicion de palabra ni por escrito, ni fianzas que aseguren las personas y haciendas, ni responsabilidad de los ministros, ni medios de hacer pública y poderosa la queja contra los actos ilegales. Certísimo es que están mal seguros objetos tan preciosos cuando su seguridad depende solo de la buena voluntad ó de la prudencia de los que mandan. Por eso sería ó será preferible á todos un gobierno templado ó mixto si fuese ó fuere posible, y si el mal

mayor de ser inquieto é instable, y en los momentos presentes la seguridad de su acabamiento á manos de la revolucion, no contrapesase las buenas calidades que tiene á punto de inclinar al lado opuesto el fiel de la balanza. Sin embargo, ejemplos hay de gobiernos en sus formas absolutos y aun de dictaduras donde se obra en los casos para que hay leyes con escrupuloso arreglo á lo que ellas dictan; en aquellos para los cuales hay un método y órden establecidos no quebrantándolos ni alterándolos, y, hasta cuando el alvedrío del que gobierna es ley, usando del libre alvedrío en conformidad á los preceptos de la justicia. De ahí nace decirse que el gobierno de un déspota sábio y justo es el mejor de la tierra, siendo su única falta no ser duradero, si muda la persona del gobernador, ó este varía su condicion primera. De ahí nace señalar la historia con mas ó menos acierto el período del imperio absoluto de Trajano, Antonino Pio y Marco Aurelio como los dias en que han sido mas felices los hombres sujetos á un gobierno cualquiera. De ahí se ha originado el favor de que goza entre el pueblo francés, y aun entre todos los del mundo el nombre de Napoleon; y eso que bajo el grande emperador francés no dejaba de haber injusticias, y que algu-

nas hubo de haber bajo los afamados emperadores romanos cuyo renombre se conserva en tanta altura.

Hoy, empero, hay una fianza mas contra el abuso que pueden hacer del poder quienes le tienen poco ó nada limitado. La fianza consiste en su peligro si se desconceptúan y en la imposibilidad de conservar su buen concepto si no le merecen.

Lo que á los gobiernos debe decirse á las clases que los apoyan, y con el de ellos mancomunan su interés. Si, por provecho de todos, conviene que de algunos y no mas sean el mando y la influencia predominante en los negocios de la procomun; si estos algunos en quienes han de estar depositadas la autoridad y la supremacia han de ser los mejores (optimates ó aristoi) entendiéndose por mejores los de superior inteligencia, y los que por su educacion y situacion saben y deben saber cuál es el mejor modo de portarse, y por su independencian pueden hacer lo que conocen ser bueno, necesario es que estas clases y la potestad de ellas salida, por ellas sostenida, y representante de sus opiniones para su interés y el de todos acrediten su superioridad intelectual y moral por sus pensamientos y accio-

nes. Disputáseles el derecho á llevar el dictado de mejores, é indispensable les es probar que no sin razon se les atribuye. No puede serles dificultoso sostener la competencia con la revolucion desmandada ó con los demagogos que la acaudillan. Pero á veces no hacen los hombres cosas fáciles, estorbándose lo su pereza ó sus malos apetitos.

Sin duda, con justicia en la distribucion de los cargos; con la observancia de las leyes, excepto cuando la pública salvacion obliga á la arbitrariedad; con no usar del poder arbitrario, sino para la defensa de la causa pública; con atencion escrupulosa á no hacer en estos casos otra cosa que lo justo y á no excederse de ello; con tolerancia para las opiniones aun cuando no la haya para dejarlas y manifestarse provocando á la rebelion, ó desacreditando cosas dignas de reverencia; con una prudente pero no mezquina economía; con ser equitativos al repartir así los castigos como los premios; con ajustarse escrupulosamente á las reglas de la moral, y aun á las del decoro; con mirar con cuidado benévolo y asiduo por las clases inferiores, á las cuales solo por su propio bien que es parte del provecho comun, se niega el influjo en los negocios del Estado; con mos-

trarse metódicos á la par que justos ; con acreditar los de noble estirpe que el alto nacimiento obliga á pensar y obrar con nobleza , y que la índole de los tiempos dicta recibir como amigos é iguales á aquellos á quienes han encumbrado sus merecimientos ; con probar los ricos que la falta de necesidades, eximiéndolos de la tentacion á cometer cierta clase de delitos les impone mayores obligaciones , y entre estas la de la caridad ; con emplearse los entendidos y sábios en ilustrar á superiores é inferiores , y no en halagar la soberbia de los unos y la envidia de los otros ; en suma , con dar pruebas quienes gobiernen , y la clase que les dé apoyo , de tener las calidades necesarias para justificar la superioridad que en la region política están gozando sabiendo mantenerse en la social que todavía no han perdido del todo , bien podrán poner de manifiesto que el gobierno , apoyado en las clases media y superior unidas , hace notoria ventaja al de la muchedumbre. Y esta ventaja ha de entenderse y probarse que tiene por objeto la prosperidad de las sociedades, no cimentada en la riqueza y preponderancia de los pocos, sino en que, rigiendo la inteligencia y la independenciam, gocen los muchos del grado de buena ventura que es com-

patible con la imperfeccion de la misera naturaleza humana.

No hay que pensar que en este punto pueda arribarse á grande altura ni acercarse mucho al modelo formado en la mente ambiciosa. Pero dable es, si no llegarle muy cerca, tampoco quedarse de él á una distancia suma. Si viven á la par gobiernos revolucionarios y otros que no lo son, tal debe ser la suerte de los pueblos dominados por los primeros que sea fácil á los regidos por los segundos aventajarlos en fortuna.

La que hasta ahora ha cabido á los pueblos es corta; pero no al punto que se le figuran ó lo pintan gentes descontentadizas sobremanera. A investigar por cuales medios puede mejorarse su condicion deben dirigirse todos los conatos, todos los pensamientos. Pero hay que guardarse del entusiasmo, no solo porque supone bienes los que no lo son, y cree fáciles de conseguir los inasequibles, sino porque, engendrando fanatismo, lleva á abominar y á cargar de injustas acusaciones á cuantos disienten del entusiasta. Así oimos acusar de fatalistas á personas prudentes que desechan planes encaminados al alivio de las miserias de la sociedad por juzgarlos errados y productores de males. En la cien-

cia política tan sujeta á error, y donde hay pocas verdades que no lo sean á medias, ó relativas y de ciertas circunstancias, debe procederse como en la casi igualmente incierta de la medicina. No haya temor para condenar los específicos del charlatan que promete curar dolencias cuyo remedio no está conocido, y que usa materias propias para agravarlas; pero no se parta de ligero condenando una novedad solo por serlo, ni se deje de investigar si hay modo de sanar enfermedades hasta ahora con razon tenidas por incurables. Las clases alta y media unidas son las mas capaces de hacer estas investigaciones, y de sacar de ellas fruto. Entre las inferiores prevalecen los curanderos de los males morales así como los de los fisicos. Las revoluciones actuales vienen á ser en lo intelectual ó moral lo que en los males corporales las aplicaciones de remedios violentos hechas por empiricos osados, y sufridas y aun buscadas por la ignorante impaciencia de poco entendidos dolientes.

Son, pues, superables las dificultades que para sostenerse tienen ahora los gobiernos mantenedores del orden y las clases en quienes para general provecho deben estar y conservarse el mando y la superior influencia en los Estados. Son superables,

pero con ciertas condiciones, para cumplir con las cuales se ha menester valor y constancia.

Pero si, como puede suceder, deslumbrados los gobiernos ó las clases sus sostenedoras por alguna victoria conseguida, y viéndose en pie y enteros cuando alrededor cae todo deshecho en polvo, no conocen con cuánta moderacion y con qué rigurosa justicia deben usar de su triunfo y conservarse en su autoridad, y sustentar la causa encomendada á su custodia; si no acreditan los primeros con sus obras y las segundas con el modo de emplear su influjo valer mas que el poder su competidor; si en los hombres no prefieren los dueños de la estimacion pública por su conducta, dignidad ó ciencia; en suma, por merecimientos de diversa clase probados ó notorios á los aventureros entrados al servicio de los bandos, que, á guisa de los *condottieri* de la Italia antigua, abrazan la causa del orden como habrian abrazado la contraria, resueltos á medrar peleando, sin cuidarse de por qué ó por quienes, y desconceptuando á sus aliados aun cuando les presten importantes servicios; si no proceden digna y equitativamente; si en la moral no son severos, y en punto á conservarse dignos del universal respeto hasta escrupulosos; si en los gastos

no aparecen parcos, aunque sin mezquindad; si no se muestran imparciales en la distribucion de las mercedes y de las penas; si en su cuidado de las clases inferiores, y sobre todo de las menesterosas, no ponen de manifiesto ser tutores, aunque tal vez rigidos, honrados y que miran no por los caprichos, sino por el bien de sus pupilos; y si no logran entre los buenos y cuerdos granjearse tal reputacion por lo que hacen ó sostienen que refuten, aun cuando no acallen, el clamor de detraccion con que asalta á los encumbrados y poderosos la envidia siempre viva, y ahora cual nunca violenta y estimulada, breve será su dominacion y estrepitosa su caida, acompañándola ademas el tremendo castigo de ser declarados dignos de su desventura, y culpados de la ruina de los objetos nobles, altos y sagrados cuya defensa y conservacion les estaban confiadas.

No por esto se pretende aqui aconsejar á las clases sostenedoras de los gobiernos que exijan maravillas de aquellos á los cuales apoyan. No: cuerda y hasta justa es la conducta que dicta cierto grado de disimulo y condescendencia para que algunas quejas, aun siendo fundadas, y el deseo de la perfeccion, con todo que es loable, no produzcan una

desunion, y por consecuencia un desconcierto, de donde venga abrirse el paso á las revoluciones. Pero la condescendencia y el disimulo deben tener término, y este ha de encontrarse allí donde los yerros de un gobierno justifiquen aun á los mismos hombres que le combaten y le acarreen un merecido descrédito, y preparen su infalible caída. A la condescendencia y al disimulo deben acompañar juiciosas pero firmes y vivas reconvenciones hechas con la conveniente reserva, y con frecuencia repetidas. Gravísimo daño trae la desunion; pero no mayor que el de perecer todos juntos, perdiendo con la existencia la honra. Mal imponderable sería que la revolucion triunfase; pero por mas grave aun debería tenerse el de que mereciese triunfar, siendo ademas de advertir que en este caso no podría impedirse, sino solamente diferirse por no muy largo plazo, su triunfo.

Pueblos, gobiernos, la hora en que vivimos, lo es verdaderamente de prueba. Superior nuestra edad á las pasadas por la grandeza de los sucesos, así en lo bueno como en lo malo, que en ella ocurren, pide esfuerzos, cual nunca se han hecho antes, para conservar lo existente yendo mejorándolo, ó para sustituir algo mejor á lo que se ha destruido

ó destruyere. Se van volviendo realidades las utopias, y hechos verdaderos lo que parecia ser locas imaginaciones, para desacreditar planes que sin razon prometian felicidades; para acreditar otros reputados meras deleitosas visiones; para mudar las opiniones obligando la experiencia á la mudanza; para adelgazar el discurso á fin de hallar remedios nuevos y grandes á males enormes, y hasta aqui no conocidos; para estimular á esfuerzos de gigantes á quienes tienen que luchar con fuerzas antes nunca puestas en juego, y ni sospechadas siquiera; en fin, para dirigir con acierto las cosas del linaje humano en un periodo por demas crítico, cuando los vuelos de dos ambiciones, la noble y la perversa, se han remontado á la mas prodigiosa altura. En el caos, empero, en que nos hallamos, algunos principios sanos y ciertos se descubren entre la tenebrosa confusion que nos rodea, no bastante con toda su densidad á oscurecerlos. Quien de mas honrado se acreditare, quien con superior juicio á la par que honradez diere mayor suma de felicidad á los hombres, y se la diere mejorándoles la condicion no solo en lo material, sino en lo moral; ese merecerá el señorío, y ese al cabo habrá de alcanzarle. Gobiernos, hombres, cuya idea

es que no en la destruccion de la sociedad antigua, sino en su conservacion y mejoramiento consiste el bien comun, y cuya resolucion sea sustentar á todo trance la causa estimada por vosotros justa en sí, y saludable á todos en sus efectos; probad, como os es indispensable, por vuestro arrojó, pericia y teson que sois dignos de vencer y de aprovechar la victoria, y por vuestra justicia y prudencia, ya siendo vencedores, que no en vuestro particular provecho sino en el de vuestros semejantes todos ha de terminar y emplearse vuestro bien conseguido triunfo. Y si, despues de cumplir de este modo con vuestras obligaciones, cayeseis, como es muy de temer, al repetido recio embate que hoy asalta, arrolla y deshace toda clase de potestades y de instituciones, llevareis el consuelo de saber que, no por culpa vuestra, sino por la general desdicha, habeis caido, y con vosotros caerán, pero con menos gloria, los que por cobardes condescendencias han querido y no han logrado salvarse, y los que por su tiranía y corrupcion, abusando de su victoria, la han deslustrado, y los necios aprobadores de una y otra desvariada conducta, al paso que vuestras doctrinas y personas, vencedoras ó vencidas, quedarán con honor, sien-

do ademas seguro que el reinado del error, desgo-
bierno y desorden, ó tendrá breve duracion, ó, pro-
longándose con la universal miseria, justificará á
cada hora mas y mas el proceder de quienes á él
denodada y firmemente se opusieron.

Diu meliora piis!

FIN.

POST-DATA.

Después de escrito el folleto que antecede, han sobrevenido, según al fin de una nota de él se apunta, los sucesos de París en los días 23, 24, 25 y 26 de junio. A mares ha corrido la sangre, y, si ha triunfado de la causa del desorden desembrozado la del que no lo es tanto, no hay gran motivo para celebrar la victoria. Según se expresan los que ahora mandan entre los vencedores, de temer es que la novel república no haya quedado muy sana. Se le ha hecho una operación sangrienta; se le han cortado miembros gangrenados perdiendo otros sanos y buenos; pero se respeta á las causas que produjeron la gangrena, y aun, según el régimen que se sigue, se las favorece para que su semilla fatal no quede extirpada.

Risa dá oír cómo se insiste en la fraternidad de los franceses después de haberse destrozado entre

si, y cuando se están maldiciendo unos á otros. Se parecen los dominadores de Francia á aquellas gentes que han hecho un experimento prometiéndose y prometiéndole de él maravillas, y que, por haberles salido mal, corridos y enojados, en vez de confesar su yerro, se empeñan en sostener sus promesas tan desmentidas por las resultas. Bien que en sus adentros otra cosa piensan, y en su misma obstinacion desabrida se les trasluce su verdadero pensamiento.

La asamblea y el gobierno ejecutivo están, sin embargo, obrando contra sus doctrinas. Matan á los vencidos, y no por eso está anulada la disposicion que prohíbe castigar los delitos políticos con pena de la vida. Suprimen los periódicos, pero venerando la libertad de imprenta. Invocan las leyes de setiembre, pero vituperando al gobierno bajo el cual fueron hechas, y tachándole de tiránico, siendo esas mismas leyes uno de los actos de tiranía que mas en él se afeaban. Ponen á París en estado de sitio, sin acordarse de 1832, y de cuanto blasfemaron los republicanos y otros de la oposicion de la misma providencia dada por los ministros del monarca hoy derribado. Tales son sus hechos; sus dichos no, pues parece su lenguaje el

de los vencedores de febrero último recién conseguido su triunfo.

No hay remedio: el gobierno francés falto de lustre, de poder, de firmeza, sin cimientos y haciendo gala de no tenerlos, por no serlo de fábrica alguna los principios que profesa, tiene que seguir endeble por demas. Alternarán en sus hechos la debilidad suma y el despotismo violento y duro. Alternará en ser los dos reyes de la fábula antigua de las ranas; ya el zoquete sobre que se suban, y que pisen y á que escupan los gobernados; ya el culebron que á estos se trague.

Poco mejor van otros Estados de Europa. Siguen en unos los reyes cediendo y prometiendo, y ven, y con ellos lo ven contrarios y amigos, que las promesas no han de ser cumplidas. Va adelante la tema de usar para un fin medios que sirven cabalmente para el fin contrario.

Equivócase una tregua dada para descansar los combatientes con la paz; y, con admirable candor ó sandez, ó con el fin de vivir un dia, se dan armas al enemigo protestando ó que no son instrumentos dañinos, ó que, aun siéndolo, no serán empleados para dañar.

No es sufrible situacion semejante. Pero, aun

siendo insufrible, no se vé modo de libertarse de ella. Por eso esperan á los gobiernos y á los pueblos muchas y tremendas desdichas.

Los poderes que dicen una cosa y hacen otra diversa y contraria, son de mala especie, merecen poco respeto, solo gozan del escaso que merecen, y, desacreditándose, viven breve plazo. Y á esto agregan no ser consecuentes ni en su doblez. A fuerza de protestar lo contrario á lo que, meditándolo bien, parece justo y conveniente, es comun en los hombres ser sinceros en algunas ocasiones, correspondiendo en ellas las obras á las palabras. Así el que manda con arbitraria potestad y duro rigor, profesando á pesar de su despotismo máximas destructoras, no solo de una autoridad absoluta ó desmedida, sino de una razonable y moderada aunque firme, á veces, influyendo sus doctrinas en su conducta, varia esta, suelta las riendas que tenia demasiado tirantes, y deja lugar al desacato, á la inquietud y aun á la sedicion, teniendo dentro de poco que volver al uso del poder despótico para poner freno á nuevos excesos y asegurar la paz por medio de la obediencia.

Está, pues, condenada Europa á padecer terribles males. Escaparán de ellos los gobiernos que

se mantengan enteros, pero no escaparán del todo, pues vivirán en desasosiego y peligro, y, teniendo por lo mismo que ser duros, y sucediendo que á la dureza hija del temor y á la necesidad de defenderse acompañen injusticias en no corto número y de no poca gravedad, aun donde no triunfe la revolucion, no será feliz la suerte de los gobernados.

SEGUNDA POST-DATA.

Después de escritas las páginas antecedentes, han llegado á poder de su autor los números 2.º y 3.º del ESPECTADOR de Londres, periódico francés del cual se habla mucho en el día, tanto por su incontestable valor intrínseco, cuanto por considerársele con más ó menos motivo intérprete de las opiniones y de los deseos de todos cuantos estaban interesados en la suerte de los varios gobiernos hoy recién caídos al empuje de la revolución vencedora. Haciendo la debida rebaja de lo que el nuevo periódico dice de la situación actual de Francia, todavía queda lo bastante para dar á conocer cuán triste es la suerte de la malhadada nación nuestra vecina, bien que culpa suya son los males que está padeciendo. En cuanto á las doctrinas y los raciocinios del mismo ESPECTADOR, si bien no del todo conformes con las de este folleto, se le

acercan mucho. Una cosa dice hablando de Alemania, que á todos los paises ahora revueltos viene bien, y es que, para fundar en ellos gobiernos un tanto libres, debería empezarse, al revés que hoy se va haciendo, por robustecer los tronos.

Criticando las constituciones flamantes, ó, diciéndolo con mas propiedad, la mania de hacer constituciones de planta para todos los pueblos y muy semejantes unas á otras, «¿qué diríamos (exclama) de un médico que intentase crear la constitucion de un enfermo, convirtiendo en temperamento nervioso el que es bilioso ó sanguíneo, ó trocar la estatura de un enano en la de un Hércules fuerte y membrudo? Calificaríamosle de charlatan por obrar así en vez de recetar remedios apropiados á la dolencia y al doliente. Pues esto, que tan cierto es hablando de los individuos, no lo es menos tratándose de los Estados. ¿Qué se pensaría de un propietario que se empeñase en plantar en Normandía olivares como los hay en Provenza? Todos se reirían de su locura, y le harían presente que debía respetar las leyes de la naturaleza. Esto, tan cierto en las cosas morales, lo es en las físicas igualmente. El agricultor juicioso consulta la índole del terreno, y el médico hábil la complexion de

»su paciente; y sobre ello fundan ambos la práctica que mas conviene, en vez de violentar el orden natural de las cosas.»

Y mas abajo, como haciéndose cargo de la mayor ó menor exactitud de la ordinaria comparacion de ciertos cuerpos morales con otros fisicos, añade, hablando de los que consideran los gobiernos y las sociedades como máquinas, y no, segun deberian, como entes dotados de una especie de vida. «No es la sociedad una pieza de mecánica, es, sí, un ente organizado, lo cual se muestra por ser comun decir la constitucion, el régimen, ó las dolencias de las sociedades, sin que ni por comparacion ó analogia diga persona alguna de una máquina que tiene constitucion, que necesita un régimen, ó que está sujeta á padecimientos.»

En los momentos presentes las sociedades estan pasando por una enfermedad agudisima. Imposible parece negarlo, aun cuando haya quien pretenda ser el mal de ahora una crisis de que saldrá el doliente renovadas las fuerzas, y con salud mas robusta que la que tenia antes de sentir el daño encerrado en sus entrañas.

Ahora pues, ¿qué tiene de particular que se dicte á un enfermo no hacer uso ni aun de sus

fuerzas naturales, ni aun de sus facultades mentales, tan nobles, si es claro que el uso ha de convertirse en su perjuicio? ¿No sería locura decir á un médico que rebajaba la dignidad de la especie humana ó privaba al hombre de ejercicios necesarios para su robustez, porque no le consintiese estudios, ni aun usar de su alma y de su cuerpo como conviene á una criatura sana?

Pero, bien mirado, ¿es acaso el uso de lo útil, de lo necesario, lo que se prohíbe? Dudoso es esto también, aunque no se llegue á darlo por falso.

Son otros los tiempos presentes que los pasados. Ni las naciones de la antigüedad, ni las del mundo moderno, conocieron ó han conocido época como la en que vivimos. Bien es cierto que los mejores entendimientos entre los antiguos (1) clamaron contra los excesos de la democracia mas que contra otros. Pero no pudieron prever lo que es la democracia moderna en Estados populosos esparcidos sobre dilatado terrero y con capitales llenas de gente, con turbas innumerables de jorna-

(1) Platon y Genofonte eran notorios contrarios del poder popular. Sin serlo quizá tanto Aristóteles conoció las ventajas de una autoridad robusta y hasta las de la monarquía. Focion fué de los mas nobles y elevados entendimientos de Grecia, y vivió combatiendo á los demagogos y murió víctima de ellos.

leros, y de hombres sin oficio, faltando los esclavos, existiendo la imprenta, y de resultas multiplicado hasta lo sumo el número de los demagogos.

Si: rebaja la dignidad del linaje humano la existencia de un poder arbitrario y temido, al cual doblan todos la rodilla, y ante quien hasta el pensamiento se asusta y comprime. Pero este poder existe ahora no en los gobiernos y sí en la revolución su contraria. Esta, cuando vence, es tirana, y lo es infundiendo terror y compeliendo á actos de sumision engañosa para tenerla propicia, ó cuando menos para no excitar su formidable enojo. El poder novel, por lo mismo que es exorbitante como pregonan sus ensalzadores, tiene las calidades inherentes á su naturaleza y pujanza. Vése rodeado de lisonjeros y de siervos, y se recrea con sentirse adulado y servido. ¿Qué mas? En Francia, donde triunfa hasta su *camarilla* tiene, formándola una pandilla de autores y editores de un periódico afamado. ¡Dios santo! ¡La república democrática imitar á Fernando VII de España en 1814 en punto á obedecer su gobierno ostensible á una pandilla que se junta en sus antesalas! Pero ¿á qué hombre de mediana prevision no debia haberle ocur-

rido que así había de suceder, cuando no el nombre de un poder, sino la esencia, es lo que le da sus calidades?

Por eso tampoco es de admirar que la revolución, tal cual se presenta, ya vestida de república, ya de monarquía constitucional; ahora decretando, cuando es gobierno declarado, providencias de extremado rigor contra sus enemigos, ahora infundiendo terror con el brazo de la tirana potestad popular alzado; cuando, ó no se titula gobierno, siéndolo porque manda al que figura serlo, ó dándose por gobierno sienta doctrinas de desmandada libertad, corrigiendo sus efectos con el peligro que corren quienes se oponen á la dominacion de la tiranía revolucionaria, cuente todavía con un número erecido de parciales. Singular podría parecer en quienes se dan por monárquicos, pero contrarios á un gobierno que consiente poca ó ninguna libertad, ó que se extrema en contener á los revoltosos, y para ello emplea providencias arbitrarias, que celebren á un gobierno como el de Francia, donde falta la monarquía que sus admiradores aparentan querer, y sobran, ó á lo menos abundan, los actos que en las monarquías antiguas condenan. Pero singular no es, porque la oposicion obedece á las

condiciones y necesidades de su ser, como los gobiernos á las del suyo.

Bien sería pararse á considerar lo que se acaba aquí de exponer cuando se oyen por diversos lados himnos de alegría y como de victoria por lo que en Europa y señaladamente en Francia está pasando ahora mismo, despues de los trágicos sucesos de París en junio último, y visto como usan del triunfo los vencedores.

A los que aplauden á la república porque aun vive, profesando máximas de libertad, desmentidas por sus hechos podria preguntarse ¿qué alabais? ¿Por qué vituperais ó acaso desaprobais con sinceridad á los vencidos en las barricadas que hasta cierto punto declaraban y sustentaban vuestras doctrinas? ¿O veis en los procedimientos de los vencedores una cosa transitoria, con la cual podrá afirmarse un gobierno que por su nombre y hasta por sus máximas defiende vuestro interés y lleva vuestra bandera, por mas que su conducta sea la de vuestros adversarios? Aun siendo así ¿no alabais medios por vosotros de continuo reprobados, y declarados inconducentes á todo buen fin? ¿Y no dais la razon á los que por tales medios afirman la autoridad de gobiernos que ellos estiman justos?

A los que se dan la enhorabuena por ver que va restableciéndose el orden y cobrando ascendiente los hombres y las cosas cuyo predominio es indispensable para que la sociedad no sea un caos y un campo de sangrientas lides, podría decirse: Quizá son tempranos y temerarios vuestros plácemes, si ya no es que os prometéis de la victoria recién alcanzada algo mejor que lo que de ella se ha sacado hasta ahora. Llevando hasta causar fastidio la comparación del cuerpo del Estado con el del hombre, pero repitiéndola, porque con ella se pone patente lo que se intenta persuadir ¿no notais que estais celebrando la convalecencia del enfermo poco ha moribundo, sin advertir que es uno de los síntomas de su recobrada salud declararse resuelto á vivir otra vez la vida pasada, esto es, á entregarse al régimen que hace infalible su recaída?

Pero en Francia hay además el inconveniente de ser los hombres que mandan nada á propósito para infundir confianza á los amantes del orden. El general Cavaignac es sin duda un buen soldado, y tendrá excelentes intenciones, y á fuer de militar se ha defendido bien de los que le hacian guerra, y á modo que suelen los de su profesion ha usado de la victoria. Pero sin contar con que es hermano del

difunto Gofredo Cavaignac, á quien parecian moderados *Armando Carrél* y *El Nacional*, y que sostuvo con furia sus opiniones republicanas extremadas, y con que el actual gobernador de Francia pensaba como su hermano, bien que hermanando los hábitos y modos de pensar del campamento con una teórica de gobierno republicano algo confusa, ¿dónde están en el primer magistrado que hoy es de la llamada república francesa, la gloria, el precio personal y social que son necesarios para mantenerse en el elevado puesto que ahora ocupa? ¿No podría otro cualquiera mandar como él? ¿Sucedia esto en Francia con Napoleon ó en Inglaterra con Cromwell? Fáltanle, pues, el poder de su crédito personal anterior á su encumbramiento ó el que deben los reyes á su calidad de tales. El general Cavaignac, es pues, un remedio provisional contra el desórden, pero no una fuerza capaz de estar de continuo sirviéndole de obstáculo invencible. Respaldao á un trono, bien habría podido este general ser útil, pero sin nada alrededor de sí su figura, aun cuando sea la de un personaje dignísimo, aparece muy pequeña para imponer respeto constante, y si bien los gobiernos para vivir siempre y ahora mas que nunca necesitan ser temidos, para te-

ner vida larga y feliz deben ser así como temidos respetados.

Pero demos que en Paris no haya nueva refriega, y que de la misma felicidad disfruten otras de las ha poco revueltas ciudades de Europa. ¿Bastará con esto? ¡Ah! no por cierto. Hay un desorden sin violencia que tambien acaba con los Estados y las sociedades, ó que, si no acaba del todo con ellos, causa que existan sin lustre y sin felicidad para los pueblos. Bien debemos conocer los españoles por propia experiencia lo que es la anarquía mansa á que se hace ahora alusion en este escrito.

Si, pues, ha de volver Europa á entrar en la senda que lleva á los verdaderos progresos morales y materiales, bien es menester que desande gran parte del camino por el cual ha cinco meses que va entre padecimientos continuos y crueles. Tiene no solo que mudar de direccion, sino tambien que anunciar en términos claros cuál es la nueva que se propone seguir. Aunque no en todas partes se restablezca el *trono*, en todas es indispensable restablecer el *poder*, poniéndole por cimiento saludables doctrinas. Estas consisten en que la religion, la propiedad y la familia sean los elementos sociales de que haya de componerse el poder po-

litico: en que á la igualdad y á la mentida fraternidad haya de sustituirse el respeto á las gerarquías, y la constitucion de estas de un modo claro aunque nuevo; en que el principio de autoridad prepondere, y la que se cree sea tanto mas fuerte y menos combatida cuanto es y tiene que ser grande la flaqueza de su poder mientras se forma y crece. Lo demás es cosa transitoria, y cuya duracion no excederá de muy breve plazo. Creer otra cosa es alucinarse. Comun es ver prodigios de habilidad por los cuales se sostienen cuerpos de gran bulto y balumba sobre un punto pequenísimo. Pero se equivocaria mucho quien al ver estos juegos y pasmosos equilibrios escogiese á quien los hace por arquitecto de un edificio de solidez y duracion, y le encomendase la construccion de una fábrica con arreglo al principio de la operacion que le ha admirado. Las sociedades y los gobiernos necesitan estar fundados sobre rocas y con cimientos hondos y espaciosos y fuertes: la conservacion del órden que hoy están algunos admirando y aplaudiendo no pasa de ser la habilidad del que por breve rato sostiene una pirámide sobre su punta.

licio: en que á la igualdad y á la igualdad de ser-
 tamen hay de sustituir el respeto á las perso-
 nales, y la constitucion de estas de un modo claro
 y preciso, en que el principio de autoridad
 prepondera, y la que se cree sea la mas justa
 y mas equitativa en tanto es y tiene poder grande
 la paz de su poder, mientras se forma y crece.
 Lo demás es cosa transitoria, y cuya duracion no es
 eterna de muy breve plazo. Entre otras cosas de este
 mundo. Como es por prodigio de habilidad por los
 cuales se sostienen cuerpos de gran bullo y balanza
 ha sobre un punto pedregoso. Pero se equivoca-
 ra mucho quien al ver estos juegos y pasados
 equilibrios, creyese que en los que se equilibran
 de un edificio de solidez y duracion, y se encuentra
 base la constitucion de una fabrica con arreglo al
 principio de la operacion que se ha admirado. Las
 sociedades y los gobiernos necesitan estar fundados
 sobre bases y concimientos hondos y espaciosos, y
 fuertes: la conservacion del orden que hoy estamos
 algunos admirando y aplaudiendo no pasa de ser la
 habilidad del que por breve rato sostiene una pu-
 nta sobre un punto tan estrecho, como los equilibrios
 que se ven en las artes de la arquitectura, y en las
 operaciones de la vida, que se sustentan sobre bases
 que se ven en las artes de la vida, que se sustentan sobre bases